

REPERTORIO AMERICANO

San José, Costa Rica 1928 Sábado 17 de Noviembre

SEMENARIO DE CULTURA HISPANICA

SUMARIO

Juana de Ibarbourou.....	L. E. Nieto Caballero
Profesión de fe.....	Juana de Ibarbourou
El color de un país... (y 2).....	Arturo Mejía Nieto
Isoprecipitinas experimentales de joven contra viejo.....	C. Picado T.
Poemas de un dolor estrangulado.....	Allagracia Delacé Ramón
En la subconciencia.....	Amanda Labarca H.
De Monroe a Wilson.....	Salvador de Madariaga
A Juana de Ibarbourou.....	Magda Portal

Epigramas Americanos.....	Luis Bello y Andrenio
Unas palabras.....	Pío Baroja
La leyenda de Poincaré.....	Robert Dell
Página lírica.....	Enrique Díez Canedo
Margarita Ogilvy (3).....	James M. Barrie
Qué hora es...?.....	
La buena reforma de Herriot.....	Alberto Insúa
Sencillez y eficacia.....	Luis Bello
Tablero.....	

FRANCIS de Miomandre ha traducido al francés algunos de los poemas más bellos de Juana de Ibarbourou. Ya le había puesto prólogo a la novela *Ifigenia* de Teresa de la Parra. Que se ocupe ahora de Rosalina Coelho Lisboa, y le habrán quedado la gloria y el deleite de haber hecho conocer en París a las tres mujeres más lindas de la literatura suramericana. Se tratara tan sólo de hermosura física, bastaría la presentación de un fotógrafo. Pero en las tres cultivadoras del arte, que bien podrían conocerse con el nombre de «las tres gracias del continente», se complacieron las hadas en el reparto de dones. Las hicieron esbeltas, risueñas, adorables, de facciones perfectas, y les dieron una emotividad y un talento que sienten e indagan las verdades profundas, para revelarlas en pensamientos armoniosos o para eternizarlas en envolventes canciones. No hay relación directa entre el arte y la hermosura. Pero si las excelencias de ésta y de aquél llegan a confundirse en una sola persona, la sensación ante ese milagro del destino es inefable. Es la que ha debido sentir Francis de Miomandre al traducirlas. Juana, Teresa, Rosalina! Uruguay, Venezuela, Brasil! Qué mejor diadema para cada uno de esos países que esos nombres! Son la flor de su cultura, la flor de su elegancia, los diamantes de múltiples facetas que hacen dirigir hacia estas tierras solares las miradas del mundo.

La Touffe Sauvage.—Traducción literal, sin rima y en ocasiones sin ritmo, con ligeras variaciones, afortunadas o desafortunadas, es la que ha hecho Miomandre de Juana de Ibarbourou. No responde el título a la idea de la poetisa. *La Touffe Sauvage* es la maleza, es el matorral, es la abundancia, en tanto que el nombre escogido por ella para uno de sus libros, *Raíz Salvaje*, indica la adhesión de su alma, cansada de la civilización, al nativo solar, por un extremo. No es que broten en su predio las plantas confusas, enmarañadas, de los montes en que dice haber pasado su adolescencia de gacela esquiva. Es que en el actual florecimiento no puede olvidar que el yo profundo es de esencia inalterable. Es la raíz, una sola raíz, la que se hunde, porque ella es suficiente para que ascienda la savia.

Algunas libertades se tomó el traductor, como decir *aromates* por *nardos*, *variation* por *lunar*, *retrouve* por *retrata*, *arbre* por *tronco*, *sombre escalier* por *parda escalera* y otras análogas. En las páginas 15, 39 y



Juana de Ibarbourou

Dibujo de Lanau

46 hay dos evidentes errores de imprenta, uno de ellos repetido, hacia los cuales es preciso llamar la atención, porque los versos como quedaron en francés no carecen de sentido, aunque es diferente del que les dió la poetisa: «Atenta sólo al grave problema de su cena», «Attentive au seul problème de son repas», dice *repos*, o sea *tranquilidad, descanso*. «Dans l'attente du repas» está escrito de nuevo: «Dans l'attente du repos». «Y loadas sean tijeras y sed!» está vertido: «El loués soient les oiseaux et la soif», cuando forzosamente debió escribir: *ciseaux*. Menos aceptable nos parece traducir *laceria* por *pauvreté* (Pág. 28), *serpentina* por *liseron* (Pág. 24), que ya había dado como versión justa de la palabra *enredadera* (Pág. 12), el *ansia de amar* por *le tourment d'aimer* (Pág. 23), y *hojas de pensamientos* por *les feuilles de la pensée* (Pág. 13), porque no se trata del ejercicio de la mente sino de una flor que en abundancia se encuentra en nuestros prados. En cada uno de los poemas *Lamenta-*

tion y *Offrande Suprême* se quedó sin traducir la última estrofa.

Como a veces ocurre, para ciertos matices supera uno de los idiomas al otro, independientemente de la virtuosidad del autor. A veces es mejor el francés, a veces el español, para no hablar sino de los que vienen al caso. Con el fin de no dejar impresión de petulancia, nos limitaremos al más sencillo ejemplo. Superioridad del español: «Falena, rodeo tu llama de impaciencia llena», pierde en la frase de Miomandre: «Ta flamme impatiente mes detours». En cambio, y aquí la superioridad del francés parece indiscutible, el lindo verso de Juana de Ibarbourou: «Y soy toda suave bajo el manto esquivo», gana en la traducción: «Et jê suis toute douce sous le manteau furtif». Al *douce*, en francés, lo que no ocurre con *dulce*, en español, va adherida una significación de ternura, de fragancia, de limpieza, de provocación, de cariño. Hay en la expresión algo de esa *cajolerie* francesa con que se aprietan contra el alma los cuerpos temblorosos, luminosos o frágiles. Del mismo modo, el *manto esquivo* es algo que no quiere estar, que tiene el alma endemoniada, que se sujeta a la fuerza, mientras que el *manteau furtif* es lo que vuela, lo que asciende, como llevado por los ángeles, en la hora precisa del deslumbramiento. Con esos leves reparos hemos de convenir en que los versos de la hechicera uruguaya suenan bien en francés, aunque en conjunto son superiores en la lengua original, entre otras razones, por la muy valiosa de que la rima les presta su música y su encanto.

Hemos de regocijarnos porque otra de las nuestras, de las creadoras de ilusión en la gran patria hispanoamericana, llega a buscar la gloria y el afecto en la capital de las consagraciones. Poco a poco la conquista de las mentes ha de ir avanzando, para lograr que en los centros cargados de pasado triunfe la idea de que no somos simples custodios de la selva y productores de materias primas, sino también, y principalmente, seres inquietos, atentos a todas las vibraciones de la cultura y a todos los aspectos de los ideales. En un mundo nuevo puede haber nuevas maneras de sentir o puede no haberlas, pero en todo caso es interesante observar la refracción de la luz europea en las pupilas que se abrieron a otros horizontes, y la adaptación, en repúblicas remotas, de las modalidades artísticas que tuvieron su origen en los círculos del viejo mundo.

Un bello espectáculo.—Juana de Ibarbourou, como dijo Remy de Gourmont de Paul Adam, es un bello espectáculo. Reúne en su persona, delicada y flexible, vibrante y armoniosa, todas las formas de la eterna belleza. Belleza física en la elegancia de las líneas, en los ojos ensoñadores que se adormecen en la contemplación del universo o se transforman en dos fuentes de luz para iluminar rostros ansiosos; belleza de los labios, de la sonrisa, del timbre de la voz, que acaricia como el terciopelo, insinúa, susurra, y es lo mismo para el canto jubiloso que para la confidencia. Belleza del espíritu, desarrollado en la naturaleza, frente al misterio, sin cesar renovado, de cuanto alienta, y nutrido el trato con los seres y en los libros que le dieron una gravedad prematura. Belleza moral, por último, producto de las otras dos, y su más valiosa esencia en una mujer que siendo célebre, idolatrada por su pueblo, sólo gusta de lo diáfano y de lo sencillo, del rincón familiar donde cumple a conciencia sus deberes de esposa inmaculada y de madre que ve en su único hijo su mayor causa de orgullo.

Nació enamorada de la vida y se impregnó desde la aurora de un amor franciscano por las cosas. Goces del campo, goces de la sangre pura, cotidiana absorción de agua y de sol, ternura por las aves y por las flores, amor de los rumores y de las esencias, franca alegría matinal en los prados que el rocío constela de diamantes, cuando la pureza del aire da un anhelo de desnudez olímpica. Aquellos poemas que son concentraciones del instinto y salmos de adoración por la naturaleza, pudieran concebirse como inspirados en pleno amanecer, bajo el sol tímido, que poco a poco fuera abriendo los ojos. Se oyen como gorjeos de pájaros que saludan la claridad naciente. El río canta en voz baja. Un manto de oro pálido va cubriendo los cerros. La brisa es tan suave, tan suave, que apenas hace estremecer las hojas. De pronto, como si saliera de un tronco, aparece la ninfa. Es el cuerpo glorioso que en armoniosos saltos va tomando posesión del paisaje. Todo es de ella y para ella. En los ojos le cabe todo lo que la circunda. Las aletas de la nariz tienen el leve temblor del amor. La boca entreabierta, vuelto el rostro hacia el cielo, abiertos los brazos en una imploración, para entregarse al sol que sobre ella desciende, es la acción de gracias por el dón de la vida, la alegría dionisiaca entre perfumes de libertad y de selva!

Saltando luego como un cervatillo llega hasta el remanso. En el espejo límpido observa su esbeltez. Es inocente el placer que le llega al saberse tan digna de ser admirada. Ante cada detalle se detiene. La firmeza, la limpieza, la suavidad de ese cuerpo, son vivas maravillas. Se palpa ensimismada. La ternura franciscana por las cosas se va tornando en exaltación panteísta. Quisiera transfundirse a cuanto vive, quisiera, convertida en átomos, disolverse en el éter. Todo parece haberse detenido para contemplarla en su casta desnudez. Y mezcladas con los rumores, que también son tributos de los seres animados y del viento, llegan de pronto las notas de una flauta. El dios Pan anda vestido de zagal. Y el genio de la especie, imperioso entre mujeres y entre ninfas, reclama sus derechos. Todo sucede infantil y delirantemente bajo el azul grato y cómplice.

Lo que se siente sin pensarse y se piensa sin decirse lo expresa la poetisa sin miedo, con candor, con gravedad a veces, cual si tratara de cumplir un rito. No hay vicio en los deseos. No hay torpeza. El reclamo de amor para la ofrenda es el mismo que el de las palomas. Del propio fondo de su naturaleza, la carne inmortal pide la comunión que la enciende. Y el grito sale vibrante, ondulante, embriagador:

Tómame ahora, que aún es temprano
y que llevo dalias nuevas en la mano.

Tómame ahora, que aún es sombría
esta taciturna cabellera mía.

Ahora que tengo la carne olorosa
y los ojos limpios y la piel de rosa.

Ahora que calza mi planta ligera
la sandalia viva de la primavera.

Y es la primavera la que se entrega al amante con todos sus murmullos y todos sus aromas. Huele a campo, a musgo, a encina, a azucena. La poetisa es una enredadera que asciende por el tronco, rodeándolo, abrazándolo, embelleciéndolo con flores que parecen azahares, puntos rojos que simbolizan el interior incendio y campanillas azules. Son besos y miradas. «Juana arde en sus versos, dijo Soiza Reilly, como ardió la otra Juana, la de los franceses». Y bajo el temblor de los luceros, lo mismo que en la mañana bajo el sol acariciante, es la fiesta de la unión en que los cuerpos divinizados crepitan y se convierten en llama. La locura del amor es divina desde muchos siglos antes de que Platón lo hubiera dicho. Y esa locura jubilosa es la que como relámpagos baña en lumbre sus versos.

O piensa Juana en los mandatos de la vida, y entonces el amor tiene algo de litúrgico, en que los ademanes deben ser solemnes:

Espera, no te duermas. Esta noche
somos, acaso, la raíz suprema
de donde debe germinar mañana
el tronco bello de una raza nueva.

Al dón fogoso de la entrega total, cuando el deseo vibra en la carne como un látigo, sucede en los poemas el hastío, el sabor de ceniza de lo que ya no vuelve. La materia ha traicionado al espíritu, y el espíritu encuentra la miseria de lo que fué en un furtivo goce. Hay una entrega que es resignación, que es costumbre, que es desilusión porque boca y manos y senos y cabellos son comida de gusanos, carne mentirosa, polvo que busca el polvo, incapaz de aquella rebeldía que niega, de aquella rebeldía que triunfa cuando se obstina en el ademán distanciadador para evitar la saciedad desfalleciente. Acaso por eso dijo Santayana que cuando el amor muere en olor de santidad el pueblo venera las reliquias.

El fondo de la emotividad de Juana de Ibarbourou, como el de toda emotividad destinada a dar fruto, es una sinceridad maravillosa. Tiene un hondo cariño por la vida, y no sólo por la vida sino por la tierra. Como Teresita, la santa de Lisieux, que puesta a elegir entre diversas venturas de orden celestial, arrobadoramente exclamó: «Escojo todo», y que sin embargo pidió al Amado en sus éxtasis el permiso de pasar la eternidad en este globo mísero para mejor servirle a El ayudando a los hombres, la bellísima uruguaya no quiere, ni terminada su misión, abandonar el planeta.

Amante: no me lleves, si muero, al camposanto.
A flor de tierra abre mi fosa, junto al riente
alboroto divino de alguna pareja
o junto a la encantada charla de alguna fuente.

A flor de tierra, amante. Casi sobre la tierra,
donde el sol me caliente los huesos, y mis ojos
alargados en tallos suban a ver de nuevo
la lámpara salvaje de los ocasos rojos.

Presiente la lucha de su carne por volver hacia arriba para sentir otra vez en ella la caricia del viento. Y adivina sus manos como topos arañando la greda. Y pide se le arrojen semillas, que arraiguen en sus huesos, para que el alma pueda subir por la escalera que las raíces forman a contemplar al amado desde el mirador de los lirios. O quiere transformarse en árbol o en surtidor, ser puñadito de polvo para danzar y correr

por el mundo llevada por la brisa. La cautiva el paisaje lo mismo que los sentimientos. Quiere mirar, sentir. Y sin temor a la vejez, bien hallada con la existencia esplendorosa, para muchos años sueña con el espectáculo que diariamente observa, y para más tarde divaga con delicia en la delicia de las transmigraciones.

Como todo ser humano, pero especialmente como toda constitución emotiva, Juana de Ibarbourou tiene sin embargo momentos de depresión:

Oh! este eterno anhelar!
Oh! esta eterna inquietud!
Cómo a veces te sueño.
Sueño del ataúd!

Hasta el cuerpo me duele
de soñar y soñar.
Muerte: anúlame! Hoy tengo
ansia de reposar...

Oh! ser polvo y dejarse
por el viento llevar,
a los cuatro horizontes,
a la selva y al mar!

Oh! ser polvo, ser tierra,
disgregarse, volver
a la nada, que ignora
la fatiga de ser!

Y sintiendo que el alma y la carne le pesan, grita su «necesidad inmensa, loca, de reposar», de irse «desmenuzando en quietud y en silencio bajo la negra tierra», mientras encima «se oirá zumbir la vida como una abeja ebria». Viene la visión macabra: al pasar por el cementerio, por el solitario camino reseco y tenebroso a cuya vera duermen los que fueron ayer, siente que la golpean las manos del espanto cuando imagina sus dedos rosados «como diez huesos pardos, untados de penumbra, de humedad y de tierra». Y otro día hace esta reflexión triste y encantadora:

Yo, que soy tan pequeña y delgada,
qué montón tan chiquito de polvo
seré cuando muera!

Todas las imágenes de Juana de Ibarbourou se prenden al recuerdo. Olores, sabores, sonidos, le atraen asociaciones de naturaleza psíquica. Da alma a lo inanimado, personalidad a lo que no la tiene, inteligencia a la materia inerte, y encuentra expresiones tan felices y tan delicadas como aquella de la lluvia que golpea «con sus dedos menudos en los vidrios», o el rayo de luna que se tiende a los pies de la estatua como un perro, o el pozo, que es un ojo ciego, cuyo brocal tiene pestañas que son ramas de hiedra y la ceja que le forma un arco mutilado. No es de corrección parnasiana, pero sabe hacer versos perfectos. *Vida aldeana* es un soneto que firmarían aquí Eduardo Castillo, Delio Seravile, o Miguel Rasch Isla, tres maestros del género. Pero al lado de composiciones de esa clase tiene otras con disonancias consentidas, cuyo poder, como en música, reside en el contraste, sin contar las que acusan indudable descuido.

En los pueblos del sur no hay la misma preocupación que entre nosotros por ciertas reglas del idioma y se cometen además errores que nosotros cometemos. *Flori para ti, por florecí para ti, encima mío, por encima de mí, y estáte atento a lo que dice el viento*, son locuciones que gramaticalmente dañan los poemas, sin contar con que la última peca por cacofonía. En Bogotá dicen las madres al niño que se mueve mucho: «Estáte quieto». Pésimamente dicho, lo mismo que todos los imperativos que emplean: *mirá, vení, tomá, salí, contá, decí*, tan racional y autorizadamente anatematizados por Cuervo. Pero en cambio no tenemos aquel *recién* que

usan hasta los mejores escritores de las repúblicas australes, en expresiones como *lo vi recién, recién salió*, tan fácilmente corregibles alargando el adverbio, para decir *recientemente*, o sustituyéndolo por palabras de análoga significación: *lo vi hace un momento, hace un instante salió*, cosa que puede lograrse en lo escrito, aunque sea tarea de cíclopes desterrarlo de las conversaciones.

Juana de Ibarbourou no se enojará por estos reparos insignificantes. Bien sabemos que el torrente de la inspiración puede hasta arrancar de cuajo los árboles centenarios, que irán a perderse, inadvertidos a veces, en la majestad de sus ondas. Ella podrá advertirlo o podrá no advertirlo, pero se dará por satisfecha cuando la música verbal corresponda a la música interior y quede como grabada en el disco que otras agujas encantadas harán sonar, para impresionar otros oídos, y para que cerca o lejos haya también quienes se entreguen al delirio amoroso o a la pagana exaltación, ante los gérmenes y las realizaciones de la vida y del mundo.

Cántaro Fresco.—El verdadero fondo de Juana de Ibarbourou, su esencia íntima, su textura moral, se nos antoja que más que en las *Lenguas de Diamante* o en *Raíz Salvaje*, está en *Cántaro Fresco*. Libro escrito con rayos de luna por manos de hada; libro de divagaciones embrujadas que llevan la mente a parajes de ilusión; libro en que alienta la llama del amor por todo lo creado y en que temas pueriles sirven para construir fuentes de las que manan, como la leche y la miel de los ríos de la Arcadia, la pureza y la ternura. Está escrito en prosa, en una prosa suave, que canta, que arrulla, que para los niños es caricia, y para los hombres insinuación. Bordados en la trama misma del alma, los motivos de los capítulos encantan los oídos y los sentimientos, son invitaciones a la bondad, a la sencillez, a esa dulzura que constituye la condición más adorable de la naturaleza femenina. La belleza es una promesa de felicidad en el concepto stendhaliano. La dulzura es la felicidad realizada. Por ella y en ella la vida se desliza, como en un viaje a través de las nubes. Es la segura y mullida piragua en donde el hombre pone su destino y sus sueños.

Juana de Ibarbourou es mujer muy dulce. A quien no lo sea no pueden ocurrírsele aquellos pensamientos temblorosos, como pequeñas llamas, frente a las cunas y frente a los sepulcros. A quien no lo sea no puede impresionarle un niño con el sentimiento de una segunda maternidad, con el anhelo del dolor a cambio de la ventura que traen las manos pequeñas y los pequeños rostros de carne sonrosada. *Cántaro Fresco* es dulzura, es poesía de hogar, es ensueño castísimo, suelta la imaginación por el espacio para apacentar estrellas. Todas las observaciones del libro son sutiles; todas las comparaciones, delicadas; todos los temas, luminosos. Conversa allí la poetisa con las fuentes, interroga a las nubes, pide noticias del sol, averigua la vida de los insectos, descubre que los árboles son altos porque se empujan sobre las raíces poseídos del ansia, de la curiosidad de ver. Su corazón va hacia el álamo porque lo imagina novio de la lluvia y cree que su elevada estatura obedece al pensamiento de acercarse a las nubes, hinchadas de agua fresca. Considera que la felicidad es sedentaria, que ama los sillones blandos, las vigiliadas íntimas, y hace en relación con ella el elogio efusivo de la lámpara. Hace hablar al viento, a las aves, a los bueyes, a los árboles, en un amanecer de aquellos que recuerdan los versos de Rasch Isla: «Y era tal el encanto que en las cosas había, que daban como anhelos de besar el ambiente».

Agua, fuego, tierra, los elementos primordiales, tienen para la poetisa un lenguaje de encanto. Y así como dijo en *La pequeña llama*: «¿No será cada lumbrera un cáliz que recoge el calor de las almas que pasan en su viaje?» piensa muchas veces en transformarse en llama, cuando muera, para alumbrar con dulzura infinita las largas noches del compañero desolado. O imagina que en otras existencias tuvo gajos y flores, fué un arbusto humilde, para ensayar explicar la fascinación que el campo ejerce sobre ella. O quiere que, convertida en átomos, sus

cenizas sean esos bailarines—huracanes de polvo—que el viento lleva a todos los lugares. Todos sus pensamientos son graciosos, cuando no son hondos. Salen impregnados de alma, es decir, de perfume, de ese olor a salud, a limpieza, a alegría, que mágicamente despide Juana de Ibarbourou.

Cuánta delicadeza, cuánta poesía, en la breve página en que cuenta cómo ella y su hijo contemplan la luna en el fondo del pozo, cuando provisto de un cubo se acerca el jardinero que está regando las plantas! Ellos están viendo embelesados la moneda de luz cuando el hombre, que se inclina sobre el brocal, arroja el cubo al agua. Y ella termina: «El balde sube ya, rebosando, brillante, fresquísimo, con una multitud de ondulaciones doradas entre el agua oscura, estriada de blanco. En el pozo la luna ha desaparecido y sólo queda de ella una multitud de hilos de luz. El jardinero ha deshilachado la luna. Y tranquilo, como un tosco dios inconsciente, se va por el caminito musgoso con su balde lleno de luna y de agua, mientras en el fondo del pozo, de una negrura temblorosa, vuelve a cuajar lentamente la moneda blanca». En su discurso de recepción en la Academia Francesa contó Edmond Rostand que su predecesor, Henri de Bornier, había hecho fabricar en su jardín un estanque para pescar la luna. Linda idea, pero idea de mujer! De mujer, sobre todo, que tenga al lado un niño. Juana de Ibarbourou, que se mira en el suyo, era la llamada a escribir ese poema en prosa que tan lindamente habla de la suavidad de su espíritu.

Belleza moral.—Madre, madre sobre todo, ternura, devoción, esplendidez mental, benevolencia, es esta divina mujer que enamora a distancia y preside recatadamente un hogar venturoso. Días de desvelo, de respiración contenida, de cuidados de enfermera, de lágrimas, le ha costado un largo dolor de su marido. Mientras tanto el niño, que es ya un pequeño hombre de doce años, ha ido creciendo. Para él son los poemas y por él, para las otras madres que aún tienen la dicha del arrullo, son las canciones de cuna, los cuentos infantiles, las adaptaciones escénicas de fábulas encantadoras. La hechicera uruguaya vive trabajando. Cuidados del hogar, labores femeninas, pues no desdeña la aguja sino que la idealiza, y sabe hacer en la tela lo que con la pluma encantada hace en los libros, en eso vive ella. Y alejada de ruidos y de fiestas, en el cuarto de estudio que llama ella su celda, lee y escribe, para ensoñar y para estimular, para que vuelen como mariposas sus acentos y para que los amigos y los desconocidos distantes sientan esas palpitaciones de un corazón tan grande como su hermosura.

Las obras de acción social le interesan. La instrucción pública tiene en ella una de sus devotas. Hace clases de literatura. Estudia. Se ocupa en labores tan serias como la de investigar la razón de la influencia de grandes estadistas. Su comprensión es muy vasta. Tiene la frase feliz, de síntesis, que pinta un carácter sin grandes circunloquios. Y lee cuanto le mandan. No hay escritor alguno, de todos los hispanoamericanos, que a ella se dirigen, que no haya recibido una palabra de estímulo, un aplauso cordial, la expresión de su entusiasmo cuando la obra la conmueve y sacude. Es de una fastuosa generosidad. Derrocha sus palabras de alabanza porque gusta de provocar satisfacciones y de encender sonrisas. Es una millonaria del espíritu, de cuyos cofres salen las joyas para el adorno de las personas que le son caras y las monedas para los mendigos. Cuántos prólogos de su mano florecida de rosas y cuántos conceptos bondadosos en los epílogos de obras que se le tienden en ademán de ofrenda! A nadie y a nada le niega su concurso, como la

Profesión de fe

Penosa, para la libre conciencia latina, ha sido esa Conferencia de la Habana donde ninguna voz se alzó en defensa de Nicaragua y donde un silencio, cómplice del yankee, se hizo en torno del caso inaudito de ese país poblado por mártires, hombres de nuestra raza. ¡Cómo yo hubiera deseado que fuesen los delegados de mi Uruguay los que dieran la nota quiijotesca y generosa! Pero en el Palacio empavesado con las banderas de todas las naciones americanas de origen hispano-indio, en la ciudad españolisima, la fiesta y el honor fueron para el sajón todopoderoso. Y el cóndor que simboliza al continente de los Incas, se ha inclinado ante el halcón amaestrado para la caza. ¡Tan bien amaestrado, que toda la gran Antilla, y el itsmo de Panamá, y el petróleo mexicano y el azúcar de Cuba y las caucheras del Brasil y las minas del Pacífico y las empresas del Plata están siendo presa sustanciosa del ave de rapiña que ¡oh ironía! gasta una caperuza sembrada de estrellas.

¡Bendita sea ahora esta fuerza de la juventud desinteresada de la América Latina, que se levanta como una acerada muralla de pechos nuevos, para que el imperialismo yankee no dé un solo paso más adelante y para que la libertad americana sea un derecho granítico, no un ideal desmenzable...

En la juventud del Continente hay en la actualidad un solo punto de mira: el de la independencia efectiva. Se lucha contra el imperialismo de los Estados Unidos, se combaten las dictaduras, se da batalla al caudillismo, se rechazan los meridianos, porque América es el continente de la libertad y todo lo que sea un atentado contra esa libertad, que es una aspiración de entraña, constituye un delito, un odio delirante.

Yo vengo ahora espontáneamente a ponerme bajo las banderas de ese grupo juvenil que lucha y sufre por la autonomía real e ideológica de América. Nunca he sido combativa, siempre el ensueño me ha tenido presa en su red. En realidad, no sé, compañero Seoane, de qué puede servirles una mujer que no tiene el espíritu ni la voz hechos para el combate. Pero el impulso de estar junto a ustedes es incontenible; un recio convencimiento de corazón y de conciencia me empuja al lado de ustedes. Háganme un lugar en las filas. Ya veremos luego en qué forma he de ser útil y de qué modo me ganaré el lugar que pido a «los trabajadores manuales e intelectuales» de América.

Juana de Ibarbourou

(Renovación. Buenos Aires.)

orientación sea sana. Dar, siempre dar, es su gesto acostumbrado, aun cuando ella asegura que es tender las manos hacia las cosas imposibles.

Para ella no debiera existir la palabra imposible. Es dueña de su fantasía, que la transporta a palacios de ilusión, y es dueña de su corazón, que arde como una lámpara. Ella entera, en América, es lámpara votiva. Mantiene su luz ante lo creado como un acto de gratitud al Creador. Y hace oración con sólo despertarse. Sabe lo que vale porque le llegan tributos de todo el continente, pero no ha sentido nunca la tentación del orgullo. Ni conferencias, ni aplausos, ni los sonos del clarín de la fama le han quitado su gracia de mujer. Es muy femenina. Da respuestas magníficas con aquella coquetería que es ingenio y que es defensa. Así con Soiza Reilly. «¿Qué hará usted cuando sea vieja, es decir cuando ya la belleza suya sea belleza espiritual?», le pregunta el cronista. «Pues será belleza espiritual», fué la respuesta. «Algún hombre se enamoró de usted sin esperanza?», tornó aquél a decir. Y ella, desde el ensueño, que puede ser la mejor realidad, según declara, contestó: «Sí, Jorge Manrique». Cuántos

siglos, casi cinco, remontó para encontrar al elegido ideal! Cuán digno de ella! Lo sensible es que ella le hubiera negado la esperanza.

Esta mujer, muy mujer, esta poetisa, muy poetisa, este lucero del cielo americano, continúa enviando desde Montevideo su luz esplendorosa. Pacientemente sigue cincelando su obra, y sin contorsión alguna tiende a renovarse. Sus últimos poemas tienen un ligero sabor de ultraísmo. Va hacia el arte deshumanizado. ¿Ensayo, capricho, reverencia al gusto moderno? Todo puede ser. Lo importante es que en todo se note la presencia de ella y que en sus diversas metamorfosis no pierda el perfume. Su obra deja una inolvidable sensación de frescura. Lo que ella sintió al apoyar la mejilla contra el rojizo cántaro lleno de agua fría, lo sentimos al apretar contra el alma sus versos y su prosa. Una amable felicidad llena la hora. Y ante la hechizante mujer, en quien la hermosura física es trasunto fiel de la inteligencia despierta y del corazón generoso, sólo acertamos a balbucir el elogio supremo que encontramos en una linda historia de las Mil y una Noches: «Es tan grande su belleza que hasta del deseo la defiende».

L. E. Nieto Caballero

(El Espectador. Bogotá).

El color de un país...

(Ensayos)

2.—Vease la entrega antepasada

Lo uniforme.—Recorriendo el país, el viajero se ha abrumado al ver que todas las cosas son iguales: ciudades, casas, cabello, zapatos, automóviles, barberías, estaciones de ferrocarril, boticas, tranvías e ideas...

Este aspecto tiene ventajas y desventajas. La unidad del país es la primera ventaja. Y el orden, como buena filosofía de vida, es la primera ventaja que se desprende de la unidad general del país. Y el confort y facilidad en la vida material es la primera ventaja que se desprende del orden. Así es como la infinidad de invenciones mecánicas que se usan en un hogar son las mismas que se usan en todos los hogares. Las necesidades de la vida material se fabrican en gran escala y bajo la misma marca de fábrica. Este tipo de civilización material y moderna ha dado al país una uniformidad completa. Tan completa es la uniformidad que la nota monótona no se puede ocultar. Pero la unidad de la nación indiscutiblemente se ha adquirido.

¿La causa? Pues de las causas, quizás la principal, es la facilidad de transporte. La literatura que se produce en el Este se lee al día siguiente en el Oeste a pesar de la enorme distancia de territorio que los separa. La nota sensacional, el "plato del día" en todo el país, ya sea una nota política, de grandes transacciones financieras, el matrimonio de una celebridad o el crimen horrible cometido en una gran ciudad cosmopolita... recorre los alambres telegráficos de extremo a extremo y toda la nación, 100.000.000 de hombres reciben la sensación que habrá de conmoverlos como si fueran un solo hombre...

Pero en las desventajas hay algunas horribles. Mucho de la espontaneidad y originalidad natural, mucho del goce en crear, en expresarse individualmente, se ha ido acabando... Unos pocos hombres relativamente son los que piensan, es decir, los que sugieren ideas y pensamientos y gustos para que los demás se sigan por ellos. Uno

no puede, por ejemplo, decir de qué manera construiría su casa porque su casa la compra ya construida o si la manda a construir, el constructor le dice:

«Las casas se construyen ahora de este modo.» Y aunque a uno no le guste el tipo de construcción, tiene que aceptarlo porque es *the latest model* y todos usan ese *standard*. Y no es porque la gente no tenga iniciativa sino que las condiciones de vida son tales que se ven obligados por conveniencia social, por economía y quizás porque es más fácil dejar que los demás decidan por uno en vez de decidir uno por sí solo,.... no, yo no creo que sea falta de imaginación. Dejamos, pues, entendidos: que las cosas se hacen o fabrican en grandes escalas, todas estas cosas resultan desde luego uniformes. Y el público que las compra sin darse cuenta aparece uniformado, y sin haber puesto ni gusto, ni iniciativa en aquel uniforme...

Las casas se compran ya hechas, los trajes se compran ya hechos y hasta las ideas... (parece mentira) se compran ya hechos. En tal estado de cosas que es, sin embargo, un aspecto moderno, la originalidad individual resulta innecesaria. Así es, pues, como las ciudades, con excepción de tamaño, son iguales. Y en el país, según se dice, las cosas eran distintas hace unos años: cada hombre sentía placer en hacer su casa con los colores y arquitectura que a su gusto individual, le parecía mejor. Cada uno se expresaba a sí mismo, pero ahora nó. En el país todo es igual: un solo *standard*, una sola norma. Todo es uniforme: ciudades, casas, cabello, zapatos, automóviles, barberías, estaciones de ferrocarril, boticas, tranvías e ideas...

P.D.—Como Ud. ve, en este artículo no menciono ni una sola vez la palabra E. E. U. U. (Estados Unidos de América); sin embargo, se sobrentiende a las claras a qué país me refiero, pero yo lo faculto incluir la palabra, si Ud. así desea, en cualquier lugar oportuno.

y 3

Lo inconstante.—En el país la vida es inconstante como las olas del mar... No hay otro país sobre la tierra tan inconstante como éste. Esto nos produce profunda melancolía a los extranjeros que venimos aquí: porque de cualquier parte que vengamos venimos de un país más viejo, con respeto y amor en nuestro corazón para la tradición. Y aquí nos encontramos que la gente tiene irrespeto y hasta burla para la tradición. Por esto—sobre todo por esto—es que los europeos no podrán vivir bien en este país. Vivirán siempre con la nostalgia de las cosas viejas, ¡aquí donde todo es nuevo! Habéis pensado por ventura en el placer de recostar nuestro pensamiento sobre la tradición de nuestra cultura, de nuestra civilización, de nuestra sangre. Y sin embargo, los norteamericanos se enorgullecen de no tener tradición. Pero lo interesante es que este testimonio que desde el punto de vista de ellos se entiende y hasta se justifica, desde el punto de vista de los extranjeros ni se entiende, ni se justifica. Ellos no comprenden a España, por ejemplo, que saborea su pasado, ni España comprende a Norteamérica que saborea su futuro. Es indudablemente cierto que estos dos pueblos viven en un mundo completamente distinto; podríamos decir opuesto.

Al apuntar que este es un país inconstante, inconscientemente nuestro pensamiento nos sugirió la falta de tradición. ¿Por qué? Probablemente son dos cosas atadas, quizás partes de un mismo proceso o acaso sean causa y efecto. Pero hay un tercer factor y es el que éste es, un país nuevo, juvenil, vigoroso, sano de cuerpo y hasta podríamos decir de espíritu.—¿Quién es menos inconstante que un niño, y quien es menos sano y juvenil que un niño, y quien pone menos respeto por la tradición? Los niños ciertamente jamás justifican sus actos recurriendo a los preceptos o hechos de la tradición. Así son los E.E. U.U., pues: como los niños.

Muy a menudo me ha tocado dar un paseo por una calle de una ciudad yanqui, tal vez una calle que hemos atrevesado a menudo, y sin embargo, ahora no la reconocemos. A esto le llamamos inconstancia. Porque los edificios viejos que había en esta calle se han echado abajo. ¡Ah, qué falta de sentimentalidad o acaso falta de sentimiento! dicen aquí los extranjeros. En esa casa quizás vivieron los abuelos, en ella transcurrieron los días de la infancia, pero en el concepto norteamericano la casa era vieja y la tradición es un concepto de sentimentalidad pueril. La casa, pues, debería venirse abajo y edificar allí un edificio nuevo, sin tradición y sin sentimentalidad... Aquí exactamente es donde el norteamericano difiere del europeo o del oriental y aun de pueblos mas jóvenes como los hispanoamericanos que, sin embargo, también tienen respeto sentimental por la tradición.

Quien sabe si el uso que hacemos de la palabra *inconstancia* aquí, sea el uso legítimo. Por inconstancia queremos decir *cambio*, pero en el sentido de crecimiento. Lo que fué, ya no es, lo que es no será: es una ley de la naturaleza, pero en este país el plazo en que esa ley se manifiesta es más corto que aquel en que esta ley se verifica en otros países. Creemos, pues, justificar nuestro concepto de *inconstancia* al aplicarlo a la vida de un país en crecimiento como los E.E. U.U.

Arturo Mejía Nieto

Carleton College, Minnesota. (U. S. A.)

Isoprecipitinas experimentales de joven contra viejo

Por
C. Picado T.

EN una de nuestras notas anteriores publicadas en REPERTORIO (N.º 11-marzo de 1928) mostramos que el suero sanguíneo de hombre viejo posee propiedades antigénicas cualitativamente diferentes de las de niño. Los conejos inyectados produjeron heteroprecipitinas electivas.

Era necesario saber si la sangre de animal viejo inyectada a un animal joven de *misma especie*, producía o no reacciones de inmunidad capaces de ser controladas «in vitro», como cuando se inyecta sangre de otra especie.

El hecho de que un animal reaccione a la introducción de elementos de órganos de su propia especie, es una verdad adquirida; bástenos citar que toda la doctrina de ABDERHALDEN sobre sus «fermentos de defensa» tiene sólida base experimental; es así que el suero de hembra grávida digiere no sólo la placenta de su propia especie sino también la de especies lejanas y que esta reacción es tan específica como que ha servido para diagnosticar el embarazo cuando aún faltan otros signos.

Solamente, las reacciones serológicas consecutivas a la inyección de sangre homóloga, han sido poco estudiadas, tanto más cuanto que la hemólisis, la más conocida entre ellas, es difícil de interpretar puesto que naturalmente hay sueros que hemolisan o que aglutinan los glóbulos de otros individuos de la misma especie, y lo que es peor aún: estos grupos hematológicos pueden cambiar con el tiempo. Con respecto a las reacciones consecutivas a la inyección de suero homólogo, jamás he leído dato alguno.

Queriendo hacer «una vía y dos mandados», establecí la siguiente experiencia:

Un conejo macho y dos hembras de peso medio de 1 kilo cada uno, reciben semanalmente por vía intraperitoneal, y durante seis meses consecutivos, inyecciones de sangre total citratada, de conejo viejo macho, siendo éste distinto cada vez. Al cabo de los seis meses se sangran y constatamos:

1.º—Que el suero de los conejos inyectados no hemoliza glóbulos de otros conejos, sean éstos de igual edad, o más viejos o más jóvenes.

2.º—Que cada uno de los sueros de conejos inyectados precipita el suero de cada uno de otros tres conejos viejos ya sean hembras o machos y cuya sangre nunca se inyectó.

3.º—Que no poseen los sueros de conejos inyectados ninguna acción sobre sueros de conejos más jóvenes.

4.º—Que los sueros precipitados por los provenientes de animal inyectado, no son precipitados por ninguno de los sueros de otros tres conejos testigos, de edad igual a la de los inyectados.

Lo absolutamente neto de estas experiencias en que, de 36 casos sometidos a prueba, la precipitación sólo fué obtenida en los 9 que corresponden a sueros de animales jóvenes, inmunizados, mezclados a sueros de conejos más viejos y que nunca fueron empleados para obtener sangre para inyectar (hecho éste que descarta la idea de que se hubiesen obtenido isoprecipitinas individuales concernientes a estados patológicos), nos conduce a la siguiente CONCLUSIÓN:

La inyección de suero de animal viejo actúa como antigéno en el animal joven de misma especie, produciendo isoanticuerpos con relación a la mayor edad, sin especificidad sexual alguna.

(Trabajo del Laboratorio del Hospital.)
San José, Costa Rica. Noviembre de 1928.

Poemas de un dolor extrangulado

El mar lo prolonga todo.
A. D. R.

3

Aquí me tienes, hermano:
bajo la impresión sagrada de tu poema,
de tu poema íntimo y puro como el perfume de las rosas y narcisos
de mi espíritu.

Sola lo he leído y lo he bañado con mis lágrimas
al claror de la luna que parece sonreír conmigo
trayéndome de allá, de la eternidad
la bendición y la satisfacción de mi madre muerta
y de mi padre también,
como obsequio al amparo bendito que ha dejado en mi alma tu
poema para mí.

Serás mi hermano
aunque se nieguen las estrellas el sol y el cielo,
aunque los hombres y la calumnia quieran despojarme de tu afecto
inofensivo y transparente como el espacio.

Serás mi hermano como yo tu hermana:
porque habrá siempre narcisos y rosas en mi espíritu,
porque es una gloria para mi padre y mi madre muertos
que desde allá, de la eternidad,
en un palio de esta luna que ahora miro
han bendecido con mis sonrisas y lágrimas tu sagrado poema.

2

Un intenso frío abrume mi alma.
Un frío de muerte y de miedo.
Un quejido.

Una plegaria.

Un dolor.

Hoy he llorado. He llorado mi orfandad.
Y junto al desamparo de mi dolor
me he dormido,
bebiendo de mis lágrima la dulzura de morir...

Yo que tantas veces he sonreído a las estrellas
la piedad de su cariño,
y he murmurado a los sauces
el raudal de amargura que recogió de mi espíritu:
la amarga tempestad de mi vida!
Siento,
al aleteo de mis crueles presentimientos
miedo, mucho miedo...
frío, mucho frío...
Y sin embargo vuelvo a sonreír a las estrellas
y vuelvo a murmurar a los sauces...

4

La pobre palma está hoy desfallecida.
¿Tiene remordimientos, penas hondas de haber amado tanto al cielo?
Su cabellera hirsuta ayer a todos los vientos
cae lánguidamente sobre la mañana fría.
¿Cuál será la angustia que sufre hoy la palma?
¿En qué centro del Cosmos estará su inquietud?
(He sentido el dolor de la palma,
su callado anhelo, su hondo sufrir!)

Altagracia Delacé Ramón

Mi querido García Monge:

Le envío, para que Ud. se digne presentar a América, desde el proscenio ilustre de su Repertorio, a la nueva poetisa dominicana Altagracia Delacé, nueva por la expresión y por la esencia libre y honda de sus cantos. Es un alma más, hecha de dolor, que canta en ésta América ignorada de sí misma, pero llena de armonías.

Santo Domingo. Stbre. 19 de 1928.

— ANDRÉS AVELINO

En la subconciencia

«¡Qué viejo soy!» clama Rubén en uno de sus poemas. Y, en efecto: ¡qué viejos somos!, viejos como el mundo. Para que nuestras pupilas se empapen de la luz de este siglo, ha sido menester que fuéramos engendrados por nuestros padres, y éstos por sus abuelos, y los bisabuelos por los tatarabuelos. ¿Cuántas generaciones? Todas. Unas antes de las otras en sucesión no interrumpida hasta internarse en el misterio de la aparición del hombre sobre la tierra. La célula vital de que somos portadores, ha peregrinado para llegar hasta nosotros al través de millones de antepasados, durante siglos y milenios incontables.

Anaxíandro lo dijo hace mucho tiempo, cuando la Grecia empezaba a acunar su filosofía «La semilla del rosal esconde la gloria de la rosa». Los biólogos modernos lo repiten en su lenguaje desnudo de símbolos: en la célula vital está predeterminada toda la estructura del ser, y, como al mismo tiempo, creemos que la especie es capaz de evolución, resulta lógico inferir que esa célula lleva estampada en sí la huella de su paso por los siglos.

Nada sabemos del hijo del troglodita. Es natural suponer, no obstante, que no fuera ni en tamaño, ni en peso, ni en desarrollo muscular idéntico al nene que nace hoy día en la maternidad de un hospital o en la alcoba de una multi-millionaria.

¿Y no ocurrirá otro tanto con nuestra estructura psíquica? ¿Dónde y cómo se ha conservado la huella de las experiencias de nuestros infinitos antepasados? Si constatamos en este minuto de vida que es nuestro lote, que luchas, amores y reflexiones están continuamente modificando nuestros contenidos anímicos, ¿no es perfectamente justificado suponer que asimismo moldearon la psiquis de todos los hombres que nos precedieron?

Está de moda hoy hablar de lo inconciente; mas, reconociendo que el aporte de Freud ha sido decisivo para orientar al investigador hacia esas regiones inmensas y extraordinarias que se extienden más allá de la conciencia, la interpretación suya no me satisface.

Yo no creo que la trasconciencia sea sólo

la guarida del dragón. Sin duda que el *libido*, en la mayor parte de los seres, si no en todos, vive allí, devorando, como en tiempos mitológicos, los mancebos y las doncellas de nuestros más altos ensueños, pero no está solo. Junto con él, palpita la experiencia humana de los siglos. Reconoce la ciencia moderna que el hombre es capaz de intuiciones. (Gran parte de la filosofía de Bergson está encaminada a probar la superioridad de la intuición sobre la inteligencia). Cuando la lógica inteligente no ha dominado aún un problema, el hombre se anticipa a solucionarlo mediante ese otro recurso, y allí donde la ciencia no alcanza, la intuición poética y filosófica extiende los impalpables tentáculos de su videncia sub-consciente. La lógica es fruto del razonar. La intuición es onda de esa sabiduría milenaria que todos llevamos dentro como herencia psíquica de nuestros antepasados incontables.

Ante la presencia de un desconocido, solemos experimentar atracción o antipatía súbita. Lógicamente ignoramos el por qué. Mas, acaso la misma explicación anterior es valedera: nuestro sub-consciente está pleno de la sabiduría de los siglos. Es ella quien, a pesar de que pretendemos guiarnos sólo por la razón, nos habla desde las profundas estratas de nuestro yo.

Cuando se recorre la vida de Shakespeare o de Cervantes, cuando nos pasamos de maravilla ante la multitud de personajes tan varios y tan múltiples que crearon en sus obras y les comparamos con la mísera vida que fue su lote, no puede explicarse de otra manera el genio, sino suponiendo que estos hombres fueron capaces de abreviar en la fuente de su sub-consciente. Nosotros sólo sabemos la existencia de esas aguas profundas, pero ignoramos el camino para llegar hasta ellas. Los genios, los videntes, los santos, los iluminados son tales, porque son capaces de eludir, de burlar o de cautivar a los dragones que guardan el palacio interior...

Nos llena de maravilla la conquista del hombre sobre el reino de las cosas materiales. Todavía nos queda por explorar el mundo de *n* dimensiones que constituye nuestro íntimo reino.

Amanda Labarca H.

Santiago de Chile, Agosto de 1928

POLÍTICA INTERNACIONAL

De Monroe a Wilson

=De *El Sol*. Madrid=

EN mis tiempos de estudiante corría por París una definición de la cuestión de Oriente que no carecía de originalidad. «La cuestión de Oriente es la botella de tinta de que saldrá la chispa que incendiará los cuatro rincones del Mundo». Entre otras cualidades, esta definición tenía la ventaja de ser profética, como se ha demostrado *a posteriori*, único método de demostración que cabe para las profecías. Es lástima que la doctrina de Monroe no haya sido objeto de una definición por el estilo; pero en su defecto, el Pacto de la Sociedad de Naciones contiene un artículo (el 21) que alude al engendro americano con análoga facilidad de expresión. «Nada en este Pacto se entenderá afectar la validez de Convenios internacionales, tales como Tratados de arbitraje o acuerdos regionales, como la doctrina de Monroe, para asegurar la conservación de la paz».

Esta frase «acuerdos regionales como la doctrina de Monroe» es de una incoherencia encantadora. Los Estados Unidos, en todas las manifestaciones autorizadas de sus hombres de gobierno, han puesto en claro que se reservan el derecho de «definir, interpretar y aplicar la doctrina de Monroe»; expresión, por tanto, puramente unilateral de voluntad política. Se dirá que los redactores del Pacto, desatendiendo esta tendencia de los Estados Unidos, entendieron, por el contrario, afirmar el carácter multilateral de la doctrina. Pero no es así. El párrafo que hoy constituye el artículo 21 del Pacto es del propio Wilson, el cual lo presentó al Comité de redacción del Pacto de la Conferencia de Ginebra en forma de enmienda al artículo 10.

En estos días en que la República de Costa Rica ha solicitado del Consejo una aclaración de este punto oscuro del Pacto antes

de decidirse a reingresar, nada más instructivo que releer las actas del Comité de la Conferencia de París, en que se discutió la enmienda Wilson. Todo este documento histórico es altamente significativo. Hasta la composición del Comité, en el que no figura ni un solo miembro de habla española. Representan Iberia y su prole el Sr. Pessoa (Brasil) y el Sr. Reis (Portugal). Preside Wilson. Y la regla general que domina la discusión es que cada cual arrima el ascua a su sardina.

El ilustre presidente busca el modo de satisfacer a sus reaccionarios, que temen que el Pacto les coarte la libertad de que gozan para cocer y guisar en el continente americano. La enmienda Wilson viene, pues, a corregir el artículo 10, que es precisamente el que garantiza la independencia política y la integridad territorial de los Estados. El Sr. Ku (en inglés, este inteligentísimo chino escribe su nombre Koo; pero en español, por idénticas razones de fonética, debe escribirse Ku) se escama ante el plural de la frase «acuerdos regionales como...», por si bajo el plural de marras se esconde algún nefando acuerdo contra la integridad de la China. Propone, pues, se suprima el tal plural. Lord Cecil se revela al punto defensor del plural, lo que ya en aquellos tiempos prehistóricos presagia que Inglaterra tiene en el bolsillo una doctrina Monroe británica. Este duelo Cecil-Ku se termina hacia el final de la sesión con la confesión de Cecil, que declara indispensable el plural para preservar de todo mal aquellos otros «acuerdos», como el que hace que las tribus de Arabia se entiendan con el mundo exterior a través de Inglaterra solo. Tomamos nota y recordamos las reservas al Pacto Kellogg.

Entrelazado en elegante diseño con el duelo Cecil-Ku se entabla un duelo Wilson-Larnaude. Este señor Larnaude es un juriconsulto francés. Su interés, no, su obsesión, es la posibilidad que la enmienda Wilson permita a los Estados Unidos desentenderse de toda guerra europea. Para monsieur Larnaude, a lo que se está es a asegurarse la cooperación norteamericana en defensa del Tratado de Versalles y sus consecuencias. Para quien recuerde toda la labor diplomática francesa en Ginebra y fuera de Ginebra durante los últimos ocho años, en materia de lo que llaman «seguridad», esta actitud de M. Larnaude resulta característica.

Mientras tanto, se observará que nadie piensa en los hispanoamericanos. El Brasil no dice nada. También aquí se anuncia claramente la política futura, porque el Brasil aparece ya como la potencia de dudosa confraternidad con las demás hispanoamericanas en su lucha contra el monroísmo. En esta sesión, el silencio de Pessoa presagia los discursos de Raúl Fernández en la interesantísima conferencia de la Habana, en la que, jugando a la gran potencia, el Brasil se separa de sus hermanas de América para bailarles el agua a los Estados Unidos.

Sólo Portugal cumple con su deber internacional. El Sr. Reis es el miembro más inteligente del Comité—en el sentido más hondo de la palabra inteligente; es decir, el más comprensivo—. A su insistencia se debe la pregunta más seria y la contestación más importante de toda la sesión. Pregunta Reis si la doctrina de Monroe impediría la intervención de la Sociedad de Naciones en las cuestiones americanas, y contesta Wilson que no.

Ello no obstante, la sesión se cierra bajo la penumbra de un doble sentido. Wilson afirma que el Pacto no es sino la extensión de la doctrina de Monroe, puesto que ésta se propuso garantizar la independencia política y la integridad territorial de los Estados americanos, y el Pacto se propone iguales fines para todos los Estados del Mundo. Pero Wilson parece aquí más habil

que sincero. Porque lo esencial está en que, mientras el Pacto es un acuerdo entre voluntades libres, la doctrina es una afirmación unilateral, que en sí es ya atentatoria a la independencia política que pretende defender. Y esta antinomia, que quedaba en pie, Costa Rica la ha querido aclarar con su pregunta al Consejo.

La contestación, aunque hábil, es valiente. Resúmese en tres puntos: el Pacto no da validez a lo que no lo tiene. Cada nación americana puede, pues, entrar en Ginebra sin aumentar la validez que ella otorga a la doctrina de Monroe.

Todos los Estados de la Sociedad tienen iguales derechos y obligaciones; luego la doctrina no impide la intervención de la Sociedad en América para defender a sus

miembros. (Sí se atreve, desde luego. Pero eso ya es otra cosa que no depende de la significación del Pacto, sino de la balanza de fuerzas).

La interpretación de los acuerdos regionales pertenece a las naciones que los han aceptado «inter se». Luego si las naciones de América no aceptan la doctrina de Monroe, esta no aceptación es en sí una interpretación.

¿Qué concluir? Primero, la continuidad histórica en los últimos ocho años. Segundo, la incompatibilidad de la doctrina con el Pacto. Ahora bien, el Pacto, históricamente, no puede retroceder. Que la doctrina se entere. Wilson ha matado a Monroe. Lo que queda es un fantasma. Claro que los fantasmas son difíciles de enterrar, y meten miedo a las gentes.

Salvador de Madariaga

A Juana de Ibarbourou

Compañera:

Ninguna conquista ha podido llenarnos de más justo optimismo a los que militamos en las filas revolucionarias del *Apra*, tanto como la noticia de su adhesión franca y sincera a nuestra Alianza, llegada por intermedio del órgano de la Unión Latinoamericana. Y digo ninguna, porque en la tarea dura de luchar contra el imperialismo y sus cómplices, que lo son la mayor parte de los gobernantes de nuestros pueblos, no sólo tropezamos con su indiscutible fuerza hecha a base de esclavización del hombre por la necesidad económica, sino también con aquellos que a pesar de estar empeñados en la misma lucha, desconocen nuestra labor y se suman a los enemigos, en una inconsciente y suicida alianza, combatiéndonos y tratando de desprestigiar ante las masas de trabajadores manuales e intelectuales del Continente la obra del *Apra*, que nosotros conceptuamos como la única que ha podido encauzar el sentimiento antiimperialista y unionista de nuestros pueblos, con visión social.

La adhesión suya, compañera, se viene a sumar a la de otros nombres de reconocido prestigio intelectual y que tienen larga hoja de servicios en favor de la causa de los pueblos indolatinos. Froylán Turcios, el valiente director de la revista *Ariel*, órgano de la defensa nicaragüense, Alberto Masferrer, Joaquín García Monge, la educadora centroamericana Carmen Lyra, son las últimas conquistas que ha obtenido la labor firme y consecuente a sus postulados, que realiza el *Apra*. Intelectuales todos que habiendo comprendido hace mucho tiempo el deber de todos los hombres y mujeres responsables de Indoamérica, sólo esperaban un organismo capaz de agruparlos para una mejor labor disciplinada y armónica.

Varias son las mujeres que silenciosamente, como simples soldados de una causa, luchan dentro de nuestras filas, aportando su buena voluntad y su acción decidida a nuestra obra. Sin embargo, ello no era bastante a quitarnos el pesimismo que ya tenemos de la mujer indoamericana. Desgraciadamente una honda indolencia espiritual y física—herencia de la colonia—caracteriza a nuestras mujeres, y así las que mejor podían colaborar a la emancipación continental al lado del hombre, siguen en sus puestos de frivolidad y feminidad humillante. Es indudable que la lucha revolucionaria requiere una férrea disciplina que no son capaces de tenerla muchas mujeres de la América nuestra. Pero esa incapacidad está basada en un viejo prejuicio de inferioridad, en una molorra espiritual que la fuerza de las nuevas convicciones puede muy bien desarraigar. El sentimiento de responsabilidad es demasiado fuerte todavía para que puedan aceptarlo las débiles voluntades fe-

meninas. No importa que en muchas de ellas existan ciertos arrebatos revolucionarios, si ellos no han de traducirse sino en palabras. Si el divisionismo es uno de nuestros males congénitos y causantes de que de él se aproveche la ambición de los imperialistas extranjeros, la falta de estabilidad en nuestras convicciones, la ninguna responsabilidad ante el deber, son también los factores de esta desorganización casi anárquica en que viven los pueblos hermanos del Continente indoamericano. De estos defectos espirituales quizá si a la mujer le toque el mayor porcentaje.

El *Apra* precisamente ha venido a organizar. Ha comprendido que sólo un fuerte organismo responsable, emanado de nuestras propias necesidades, de acuerdo con las condiciones económicas, sociales y políticas de nuestros pueblos y con la realidad histórica en que vivimos, podría realizar la emancipación de la América Latina, mediante su unificación para presentarse en frente unido contra el imperialismo absorbente y contra los despotismos de sus propios sistemas de gobierno.

El *Apra* es un organismo de reciente fundación, pero de larga y consciente preparación. Algo más, nuestro organismo ha declarado sus puntos fundamentales de lucha una vez que definió su propia doctrina, tomada del ambiente latinoamericano, donde hace tiempo viene perfilándose un nuevo concepto de la justicia social, de la organización económica del mundo, después de las grandes experiencias históricas que nos han proporcionado las revoluciones rusa y mexicana.

El *Apra* así no puede ser para para simples diletantis, a quienes entusiasman todos los nuevos gestos, como las nuevas escuelas de arte, transitorias y ficticias. Dentro de su organización se requiere una gran vocación revolucionaria, una fuerte disciplina, un absoluto sacrificio personal en pro de los derechos colectivos que propugnamos.

Dentro del *Apra* hay que luchar día a día, avanzando paso a paso en el terreno de las conquistas. Hace cinco años nuestro grupo era pequeño, aunque alentado por una fuerte y tenaz esperanza. Hoy en casi todos los pueblos indolatinos contamos con grupos no numerosos, pero decididos y disciplinados, capaces de llevar sus convicciones hasta el triunfo. Centro América hoy es totalmente aprista, si no contamos claro a los gobiernos vergonzosos que sirven cínicamente al imperialismo extranjero.

Una nueva era de lucha se vislumbra en el horizonte de nuestra América, lucha por los más elementales derechos del hombre. El feudalismo heredado de la Colonia, la República corrompida en manos de esclavos incapaces para comprender sus deberes, hacen de más de 90 millones de hombres,

una masa inconsciente en la que una ínfima minoría hace producir en el dolor y la miseria a la gran mayoría explotada.

Contra este régimen se levanta el *Apra*. Y para realizar sus postulados necesitamos de todos los soldados que pueda darnos el anhelo de reivindicaciones que existe en todos los oprimidos del mundo.

Los que creen que los intelectuales, los artistas, los poetas, no son un gran aporte a la obra de mejoramiento social en que está empeñado el mundo, se equivocan. No cabe duda que son las masas las que con su oscuro instinto señalan el mal y la forma de combatirlo; pero también es indudable que el intelectual, el artista, el poeta, realiza dentro de su alto rol cultural una obra meritisima agitando en belleza la conciencia de las multitudes.

Nosotros estamos en los comienzos de la lucha y necesitamos agrupar a todos, hombres y mujeres, intelectuales y artesanos, maestros de escuela, empleados, clases medias, en un frente único contra el imperialismo opresor y contra las oligarquías dominantes, primera etapa en nuestra acción para obtener la emancipación definitiva de varios millones de hombres oprimidos.

De ahí que dentro de nuestras filas el intelectual adquiera un nuevo significado. Ya no el simple productor de belleza o pensamientos más o menos al servicio de una clase, sino el soldado que pone al servicio de la causa común, su talento y su convicción revolucionaria.

Al ingresar al *Apra*, pues, compañera, habéis asumido un deber superior a cualquier otro, y nosotros estamos seguros que no veremos defraudada nuestra esperanza al confiar en vuestra labor dentro de nuestro organismo, de acuerdo con la urgencia del momento y la trascendencia de la causa.

Creo que ha llegado felizmente la hora de que la mujer indoamericana desempeñe su verdadero rol activo y de dignificación humana. La victoria del *Apra* de otro lado será la incorporación de la mujer al disfrute de todos los derechos inherentes al hombre. Es, pues, un deber de ella agruparse a nuestras filas y tomar parte activa en la lucha que le emancipará.

Vuestra adhesión es, además, un feliz indicio. Es como el termómetro que nos señala hacia dónde está orientándose el nuevo sentimiento de la mujer de continuo indolente. La mujer ha ignorado siempre que podría ser útil a la causa de los más, aislándose de toda otra actividad que no fuera la simplemente femenina en el viejo sentido. Pero tampoco la mujer de nuestra América ha tenido nunca, como hoy, preparado el camino para rehabilitarse de su proverbial irresponsabilidad. Era preciso señalarle derrotero. Vuestra adhesión, repito, lo señala.

Que vuestro nombre abra la lista de mujeres valientes que se afilian a nuestro Frente Único, y les dé la conciencia de su nueva responsabilidad histórica ante la América. Que vuestra adhesión se junte a la de todas las mujeres jóvenes, sin prejuicios, aptas a oír los llamados de la revolución indoamericana. Que un nuevo concepto de feminidad ennoblezca el antiguo degradante de simples objetos de placer, de reproducción y esclavitud, y se igualen dentro de la lucha a los hombres jóvenes que han puesto al servicio de nuestra causa su mejor contingente de sacrificio y esfuerzo.

Y que al nombre de Juana de Ibarbourou y de Carmen Lyra se una el de todas las mujeres nuevas de Indoamérica, llenas de inquietud y de voluntad luchadora, para el triunfo definitivo de nuestros ideales contra el imperialismo yanqui, por la unidad de todos los pueblos de Indoamérica, para la realización de la justicia social.

Vuestra compañera en el *Apra*,

Magda Portal

México, D. F. octubre de 1928.

CONSIDERO los *Epigramas americanos*, de Enrique Díez-Canedo, como una demostración. Profundamente cauta, sensible a las miradas más lejanas, pero segura de su línea, la musa va descubriéndose, nunca de una vez, y velándose, nunca con demasiada severidad. Esa demostración poética, cuyo lirismo contenido, frenado, cae siempre bajo la temible sonrisa crítica del autor, es quizá uno de los ejemplos más expresivos del momento literario. ¿Está en el lindo, breve y claro volumen de *Epigramas* todo el viaje a América de Díez-Canedo? ¿Está siquiera lo más intenso de su viaje?

Díez-Canedo es—nadie lo ignora—espíritu de grandes, casi ilimitadas fronteras. Sólida cultura. Preparación lenta, día por día. Voracidad y retentiva pasmosas, proverbiales, y comprobadas cien veces por cuantos lo tratan. Esta amplitud de horizontes y esta seguridad de clasificación, aptitud más útil que todos los ficheros, indispensable para manejar tal cúmulo de informaciones; es decir, estas cualidades de Díez-Canedo crítico han de vigilar estrechamente la marcha de Díez-Canedo poeta. Un género de poesía puramente intelectualista hubiera unido todas las virtudes dispersas; pero lo curioso es que entonces hubiera quedado fuera Díez-Canedo. Lo prueba el final, «el regreso» de su viaje a América:

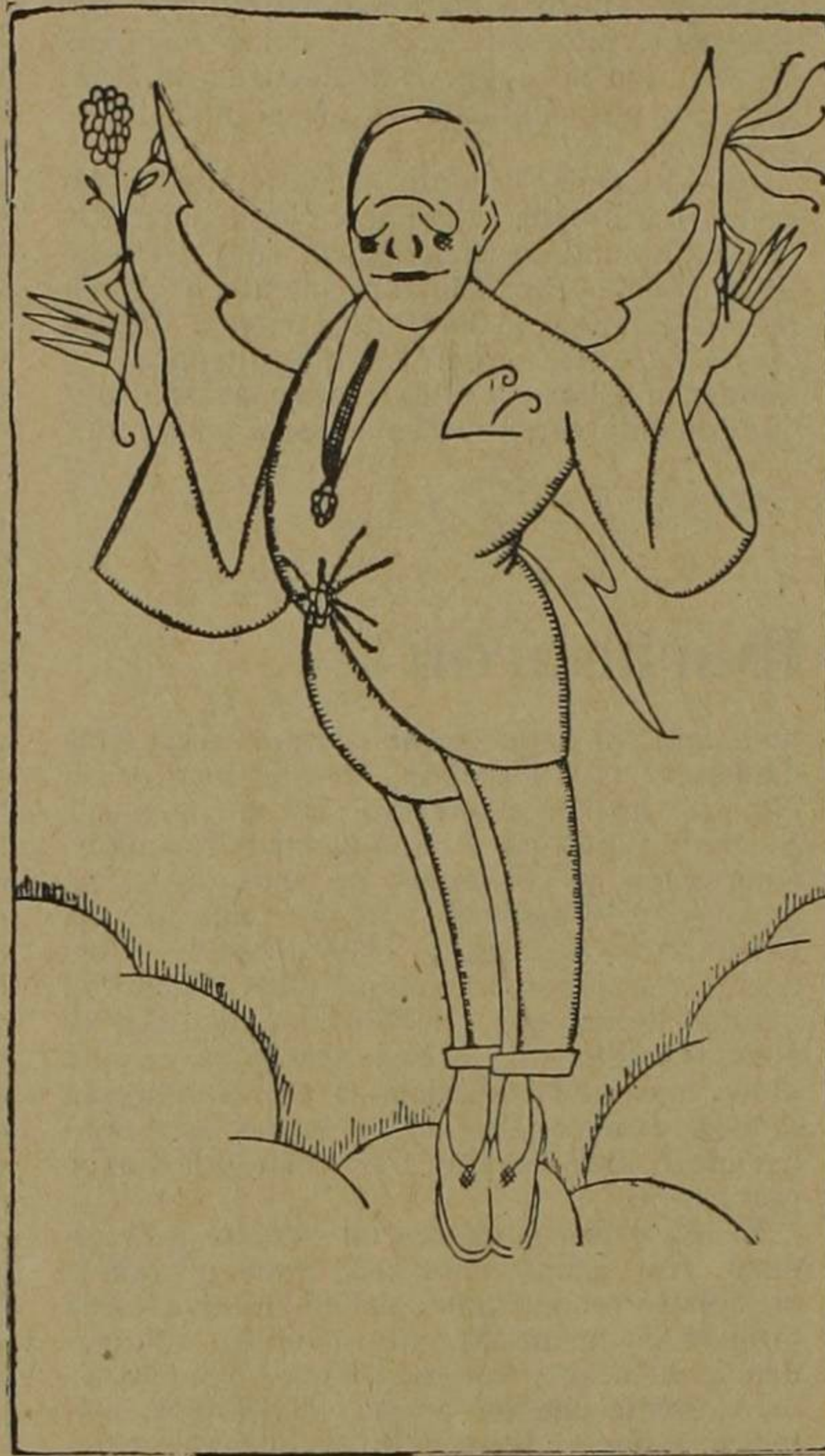
Ni Ulises ni Jasón. Toda mi ciencia consista en ser más claro, más sereno, más rico, pero sólo de experiencia, tal vez más útil y ojalá más bueno.

Deseo y resumen tan helénicos de estirpe como el género elegido para expresar... ¿Las sensaciones? ¿Las emociones? ¿Las observaciones? Dígase en la mejor forma, porque el nombre obedece a moda pasajera; la observación es fría, la sensación, brutal; la emoción, romántica y anacrónica; me refiero a los motivos más sonoros, más intensamente coloreados de su diario de viaje.

Pero aquí está ya la primera ampulosidad, que en ningún modo puede reprocharse a Canedo, sino a mí. El diario de viaje no existe, y si existe, no es para los demás, sino para el viajero. Existen y aparecen unidos esos trazos rápidos, como anotaciones, al pasar ante los más vastos o los más pobres temas—el Paso de los Andes o Puerto Colombia—, dibujos de un instante, cuya gracia radica en que luego quedan trabajados a buril, con la técnica rigurosa y firme del epigrama.

Demostración interesante, expresiva de la hora que viven nuestras letras, he dicho que es el libro de Canedo. Véase quién lo hace. Conciencia escrupulosa, idea siempre viva y presente de la responsabilidad. Ingenio henchido de lógica. Trabazón rigurosa del pensamiento y de la cláusula. En realidad, un clásico. Y nos trae, como en una caja de filigrana con secreto, este libro, de apariencia ligero, vuelo de golondrina, vuelo de *hay-kay*, que en algunas páginas desnivela el peso con líneas graves—pocas, pero graves—, dignas de ser escritas con letras romanas, votivas. *Imagen del Mapocho*, *Lluvia en Gatún*, maravillosas concentraciones de alma y naturaleza, siluetas, madrigales, juego de fantasía... No ha querido pensar—no ha querido dejarnos pensar que lo piensa—en el poema del viaje ni en el poema de América. ¡Nada de líricas arrebatadas por pegajosos intercontinentales con sus precedentes históricos! ¡Nada de corresponder a las viejas efusiones de metro largo con otras elocuciones! El más agudo talento de Enri-

Epigramas americanos (Versos de Díez-Canedo)



Enrique Díez-Canedo

(Caricatura de Bagaría)

que Díez-Canedo—poeta, crítico, profesor—es el de hacerse cargo.

Y su libro, tan breve, es una lección más. Resbalar sobre el peligro en que cayeron otros demasiado ingenuos. Vestir hábilmente la fuerza. Fuerza oculta, fuerza doblada. Como los libros tienen su sino, y no es difícil advertir en éste cierto gracioso sortilegio, puede ocurrir que lleguen más allá y den más en el blanco los *Epigramas americanos* que obras de más balumba. Los poetas mayores—por otra parte—se han complacido en gravar medallas que alguna vez logran la inmortalidad, precisamente por ser fáciles y ligeras. Última observación: en el libro de Canedo, de gracia y espíritu muy modernos, no hay concesiones al llamado arte nuevo.

Luis Bello

(*El Sol*, Madrid).

Los Epigramas americanos, de Díez-Canedo

De su viaje a América nos ha traído Enrique Díez Canedo una linda antología: los *Epigramas americanos*. Los epigramas son materia de antología. Díez-Canedo, tan letrado, tan culto, devuelve a la palabra epigrama su amplio sentido antiguo, cercenado bárbara o, por lo menos, mezquinamente, en el uso vulgar moderno, que reduce el nombre de epigrama a la variedad satírica. Ni siquiera fué ésta su forma original, sino una manifestación que no se generalizó hasta los poetas alejandrinos.

El epigrama venía de la epigrafía. Fué una forma de poesía menor propia de pueblos como el griego y el romano, amigos de lápidas y de inscripciones conmemorativas y votivas. De la inscripción se derivó el epigrama poético, que abarcó todos los asuntos, desde el tema heroico, como en el epigrama o epitafio poético (una variedad de poesía epigráfica) de Simónides de Cos a los héroes de las Termópilas, a los versos que celebran los juegos de Venus, madre de los placeres breves y de los dolores largos, como se ha dicho, haciendo así un epigrama.

Con razón se ha comparado el papel del epigrama en la literatura griega al del soneto en las literaturas modernas. El epigrama, en su sentido clásico, es un pensamiento fino y delicado, expresado sintética y sencillamente. Por eso es la forma propia para el cuaderno de viaje de un poeta que va pasando rápidamente por muchas ciudades y lugares exóticos. Viene a ser en este caso como la chispa que aquellas representaciones intuitivas que se van sucediendo rápidamente arrancan a la sensibilidad del poeta. Hoy no se estilan los poemas largos; pero, aunque estuvieran más de moda, no se podría pretender del poeta viajero que trajese un cargamento de poemas. Puede, sí, traer en una cajita de sándalo o sencillamente en la cartera un ramillete de epigramas.

Cada lugar, cada figura, ciudad, monumento, paisaje, escena o tipo humano que se ha ofrecido a la visión del viajero con la lozanía virginal de lo nuevo ha arrancado a su fantasía y a su sensibilidad un reflejo, una imagen, un centelleo rápido: la primera materia del epigrama. Si el viajero carece del don de la expresión poética aquella impresión quedará inédita y se irá borrando con el tiempo. Un poeta como Enrique Díez-Canedo la esculpe (bien puede decirse, siguiendo la etimología) en el epigrama.

La variedad de formas de esta breve antología (compuesta de treinta y ocho poesías) se corresponde con la diversidad de tonos y de matices del epigrama antiguo. Algunos de los de Díez-Canedo tienen una bella pompa poética propia del asunto tropical. Así, la entrada en el puerto de Riojaneiro de noche:

La noche, reina negra, desciende hasta sus mares.
Para el baño la ornaron sus doncellas.
En sus pechos de sombra luminosos collares.
En sus crespos cabellos un enjambre de estrellas.

Otros, en vez de esa amplitud y riqueza huguesa, tienen la brevedad de un grafito, como el *Hay-Kay de Buenos Aires*, o una concisión, intensa y penetrante, como la de *Un tango*:

¿De qué síma extraña sales,
viento que brisa pareces
y al pasar los arrabales
de las almas estremeces?

Es ésta una poesía eminentemente culta. Cualquier forma de literatura de viajes, desde esta tan leve y rápida de estrofas que parecen mariposas poéticas hasta las descripciones en prosa literaria y lírica, lo son fatalmente. No hay mundos nuevos. América sólo lo es de nombre. Todos los lugares de la tierra están abrumados de historia, de leyenda, de literatura. El día que se pueda ir con alguna facilidad al Polo Norte, el poeta que emprenda el viaje llevará consigo sus clásicos, sus mitos, sus reminiscencias poé-

(Pasa a la página 301).

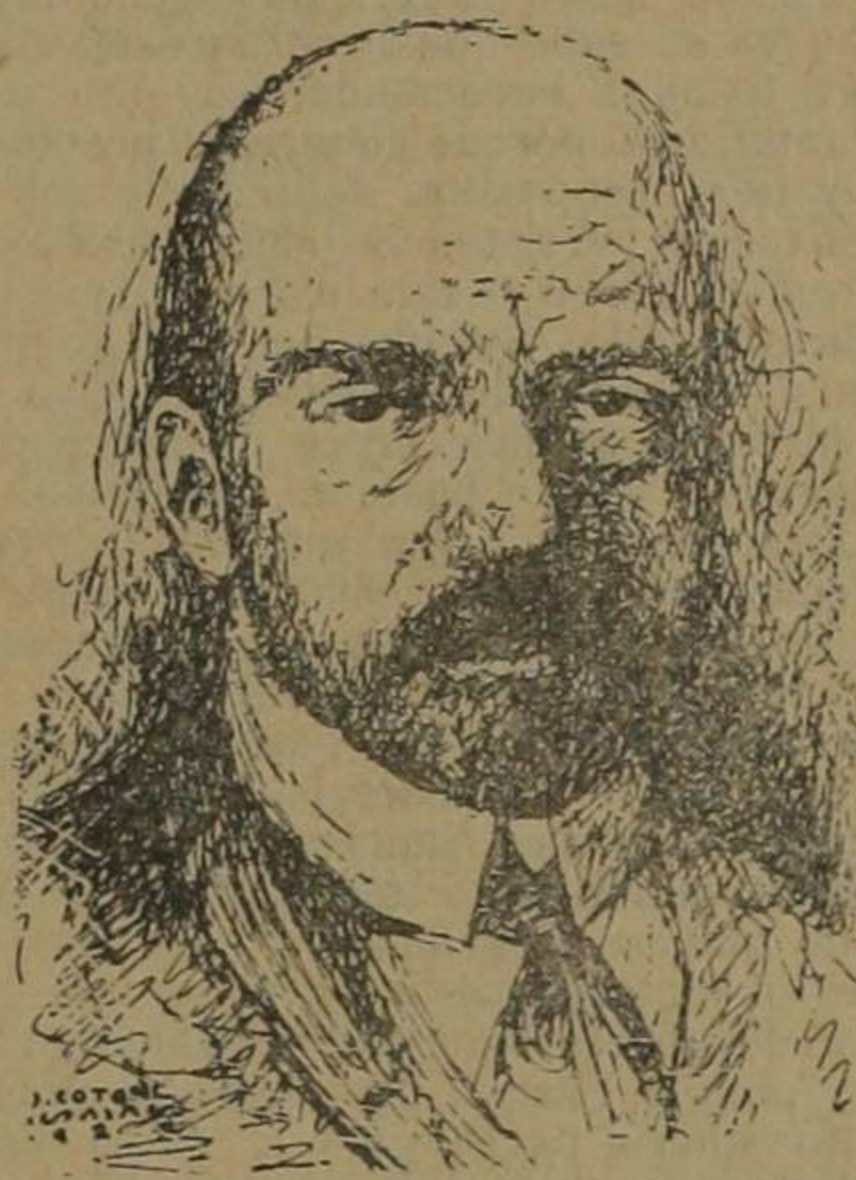
Yo he dicho en un libro cosas un poco rudas sobre San Sebastián. No voy a cantar la palinodia. Esto sería desagradable. Además, lo que he escrito me parece exacto. Y al pensarlo y al decirlo no hubo en mí intención aviesa. Yo tenía de joven un ligero rencor contra la ciudad, quizá más contra los directores de la ciudad, porque cuando quise encontrar en ella una ocupación como médico, no la pude encontrar; pero mis rencores son superficiales y se olvidaron.

Comprendo que tenía entonces poco espíritu ciudadano. He sido y soy un liberal y un individualista sin disciplina. Lector entusiasta en mi juventud de Schopenhauer, de Dostojewski, de Tolstoi, tenía un bagaje antisocial no muy propicio para colaborar, en pequeño o en grande, en la marcha de una ciudad como ésta, antes liberal y provinciana y que comenzaba a ser cuando yo era joven, rica, grande, conservadora y algo teocrática.

Desligado de ella me he convertido en un forastero más; pero en un forastero simpático, que ve los éxitos del pueblo con entusiasmo. No sé si, como forastero o como donostiarra, San Sebastián me gusta más en invierno que en verano. Yo soy hombre un tanto oscuro y las atracciones veraniegas no me atraen gran cosa. No me gustan las corridas de toros. Me parece una fiesta aburrida; no tengo curiosidad por las carreras de caballos, ni por los *sports*. No estoy tampoco en edad de lucir pantalones blancos ni de llevar la cabellera al viento, principalmente porque no la tengo. Asiduo forastero, como desligado de las cosas actuales, creo que puedo mirarlas con más serenidad que si estuviera dentro de ellas. Se me figura ver que la vida donostiarra es más normal, más en armonía con la Naturaleza, más pagana que la de hace años y también un poco más cruel e indiferente. A veces la crueldad y la indiferencia son una condición de lo sano.

Al paganismo de esta época la tendencia hipócrita pone unas conteras un tanto cómicas. Así, el director espiritual puede armonizar para sus clientes ricos de ambos sexos la devoción y el *sport*, el libro de oraciones y el *maillot*, las novenas y el lápiz para maquillarse, la Adoración Nocturna y el *chárleston*, el jesuitismo y el *jazz-band*.

Yo ya sé que hablar de estas cosas es de mal gusto. El año pasado era de mal gusto hablar del crimen de Beizama, y parecía que algunos insensatos mal intencionados habíamos inventado ese crimen para soliviantar a las personas pudibundas y de buenas costumbres. Nuestro tiempo es para gente sana, para gente joven y de poca espiritualidad; para los americanos, para los



Unas palabras de Pío Baroja

En el banquete con que varios admiradores le agasajaron en San Sebastián, recientemente, leyó el ilustre novelista las siguientes cuartillas:

comerciantes judíos y para los *sportmen* admiradores de futbolistas, boxeadores y corredores. Es el tiempo del deporte y del cemento armado. Uzcudum, es un hombre representativo del país vasco. Puede aspirar a todo. Si con el tiempo deja algún dinero para obras pías, puede llegar hasta a ser canonizado en compañía del cura Santa Cruz, bajo la tutela amorosa de nuestro padre Ignacio.

Un misticismo en pequeño y un sentido práctico en grande se dan con frecuencia en el hombre. Yo he leído este año y el pasado algunas obras de mística, y la verdad, me parecía que estaba hojeando libros de cuentas con su debe y su haber.

No en balde las creencias actuales tienen tan fuerte luz semítica; no en balde somos latinos, al menos en cultura, y tenemos esta idea desmesurada y exorbitante que tiene el latino de sí mismo. Hay mucho calculador, mucho judío hábil bajo la capa del buen creyente que sabe hacer un perfecto balance de virtudes y pecados, de lo que hay que hacer y de lo que no hay que hacer.

El que se habitúa a ese cálculo ultraterreno es un águila para lo terreno.

En estos momentos sociales de gente hábil, calculadora y despierta, con instintos trepadores, el que no es hábil calculador y despierto se debe retirar a un rincón para que no le pase por encima el *auto* de buena marcha de las gentes vencedoras. Es lo que he hecho yo, siguiendo el consejo dado en *Cándido* por el viejo maestro de Ferney. Aquí, retirado, parece que se ven las cosas y los hombres, las ideas y los hechos con mayor claridad. Desde fuera, y sin pretensión de conocerla en grande, encuentro cuando vengo a San Sebastián que ésta es una ciudad que progresa—al menos materialmente—con un brio extraordinario, que es una urbe grande, espléndida, de las que tienen más visualidad, en la opulencia de las ciudades de recreo de Europa.

Cierto que le falta un leve matiz de espiritualidad; pero esto no es culpa exclusivamente suya, sino tanto o más de la burguesía, que viene de todas partes y que no es frecuentemente un modelo de aticismo. Hace unos años fui a ver el Museo Oceanográfico con la familia de un amigo; y, después de contemplar algunas mixtificaciones históricas poco agradables que hay allí, al bajar al *Acuarium*, que aún no estaba surtido, el miquelete nos dijo, sonriendo:

—Peces, no tenemos.

¡Qué le vamos a hacer! Peces no tenemos; cultura intensa, tampoco tenemos; pero la tendremos con poco que el pueblo se empeñe. Entonces San Sebastián no será sólo marco apropiado para la petulancia del rico, sino también algo para la gente menos brillante que tenga necesidades espirituales. Cierto que esta cuestión de la cultura no es clara, ni mucho menos, pues bajo ese rótulo indicador hay muchas direcciones y muchos caminos. Yo pienso que la tendencia de los pueblos nuevos no debe ser la de aceptar estilos estéticos manoseados sino ir a buscar zonas inexploradas, en donde las haya; probablemente mejor en la ciencia que en el arte. Una ciudad de epicúreos es epicúrea aún sin quererlo. El gran Epicuro, honor de la antigüedad, según Lucrecio, tiene su culto, aunque sea inconfesado. Si hay epicureismo, vale más que no sea únicamente del arte suntuario y del arte culinario, sino también del ingenio, de la gracia y de la distinción. La cultura será un nuevo elemento de éxito para una ciudad como ésta, activa y emprendedora... No quiero seguir más en mi divagación... La interrumpo, amigos donostiarras, para daros las gracias de una manera efusiva y cordial por esta prueba para mí inesperada de simpatía.

(De A B C. Madrid).

La leyenda de Poincaré

—Traducido de *The Nation*, Nueva York, por M. S.—

RAIMUNDO Poincaré debiera ser un hombre feliz. Por 17 años ha sido el amo de Francia; su autoridad sufrió un breve eclipse sólo para resurgir de él más potente que nunca, y durante los dos últimos años ha sido incontestable. El pueblo francés le sostuvo en una elección general en que su personalidad era la única plataforma, y todos los partidos representados en la Cámara con excepción del socialista y comunista, le dieron un voto de confianza, y así ha podido coronar la reconstrucción financiera de los últimos dos años dando a Francia una nueva moneda establecida firmemente sobre una base de oro. Sin embargo, Poincaré parece deprimido y casi humillado. El discurso en que anunció la estabilización del franco dejó en sus oyentes una impresión de melancolía. Desde que se decidió la estabilización ha dado pruebas más de una vez de una nerviosidad insólita, y según algunos de sus

compañeros de gabinete, pensaba renunciar en cuanto pasara la ley. En su último discurso importante en la Cámara no parecía ya el frío, casi inhumano Poincaré con aquel su modo autoritario al cual estamos acostumbrados, sino un suave y persuasivo Poincaré que parecía sentir la necesidad de excusarse.

Tiene razón para estar triste, porque su triunfo aparente fué en efecto una derrota. Él ha dominado a sus compatriotas pero las realidades económicas le han dominado a él. El mundo imagina que la restauración de una moneda estable—la estabilización de facto hace 18 meses y su reciente consagración legal—son obra de Poincaré. Poincaré sabe que no. Cuando a regañadientes y después de una empeñosa pero inútil resistencia solicitó al Parlamento que pasara la ley que consagró terminantemente la repudiación de cuatro quintas partes de la deuda

nacional francesa y el establecimiento sobre los *rentiers* de un impuesto capital de ochenta por ciento, registró el fracaso de su ambición de ser el salvador del franco. Su idea era la de la clase rentística francesa de la cual es un típico representante, esto es, que la estabilización del franco a un tipo cualquiera más bajo que el de antes de la guerra significaría un acto de bancarrota nacional que desacreditaría a Francia por siempre. Que él, un burgués altamente respetable, tuviera que fungir de liquidador fué una amarga humillación, y esa amargura resultó más intensa por la conciencia de que fué su propia política hacendística antes de 1924 una de las causas que hicieron inevitable la bancarrota nacional.

Cuando Poincaré vino al poder hace dos años, su política monetaria era completa revalorización. Su intención era restituir el franco gradualmente a su valor nominal, ya sea por un alza continua o por grados. Fué con mucha dificultad que se le persuadió a principios del año pasado de permitir al Banco de Francia fijar el valor del franco

al rededor de 25 francos por dólar, y talvez no habria convenido sino hubiera sido porque comenzaba una crisis industrial. Aun así no abandonó la idea de revalorización por grados, un método desastroso, pues significaba crisis periódicas cada vez que se aumentara el valor del franco. Todavía en la última elección general decía que Francia era como un paciente necesitado de un tratamiento prolongado y que no podía curarse rápidamente con operaciones quirúrgicas. Es muy posible que Poincaré mismo inspirara la campaña contra la estabilización legal en *Le Temps* y otros periódicos después de la elección con el propósito de organizar la opinión pública en su favor y contra el Banco de Francia y los intereses industriales.

Únicamente la amenaza de Moreau de renunciar la presidencia del Banco de Francia si se demoraba más la estabilización legal obligó al fin a Poincaré a capitular, y no es sorprendente que él haya resentido esta forzosa sumisión. Cuando había convenido en la estabilización legal, surgió otra lucha sobre la convertibilidad de billetes en oro. Poincaré quería que al portador de billetes le fuera posible obtener oro y que éste circulara libremente como antes de la guerra. Con gran trabajo se le disuadió de esto.

Así es que la estabilización del franco, muy lejos de ser obra de Poincaré, le ha sido impuesta no tanto por los hombres como por los hechos. Él tuvo al fin que reconocer la imposibilidad de una política que habría triplicado el presupuesto francés, subido el costo de servir la deuda nacional solamente a \$ 5,000,000,000 al año, y arruinado la industria francesa por añadidura; pero se necesitó mucho esfuerzo para hacer que él lo reconociera. Lo cual quiere decir que el concepto de Poincaré como un gran ministro de finanzas es absurdo. En efecto, él no ha hecho nada, y la política que ha puesto en práctica no era la suya. Todo lo que se ha hecho se ha hecho por el Banco de Francia y el estado mayor del Departamento de Finanzas, a menudo a pesar de la oposición de Poincaré. La única razón de que haya tenido éxito donde sus predecesores fracasaron es que Poincaré ha tenido mayoría en el Parlamento, mientras que aquéllos fueron despedidos uno después de otro en cuanto trataron de hacer algo.

El extraordinario ascendente de Poincaré sobre sus compatriotas es un fenómeno notable y difícil de explicar, porque él no es ni ha sido nunca popular en el verdadero sentido de la palabra. Héroes populares de Francia han sido generalmente hombres del sur, a menudo de origen extranjero como Napoleón y Gambetta, casi siempre oradores altisonantes. Napoleón no era orador, es cierto, pero era decididamente *flamboyant*, por no decir *cabotin*, a despecho de su indiscutible aunque limitado genio. Clemenceau es más bien cínico que *flamboyant*, pero es un chauvinista de tipo romántico y debe su en un tiempo gran popularidad a eso y a sus agudezas. Poincaré es también un chauvinista pero no del tipo romántico; es el polo opuesto de *flamboyant* y no es un gran orador. En algunos respectos no es típicamente francés. Ningún lorenés es típicamente francés. Poincaré es tan metódico como un alemán, y hay algo del político sajón en sus lúcidas y *business-like* declaraciones. Es uno de los pocos políticos franceses capaces de exponer hechos y cifras metódicamente y sentar su opinión con claridad. Puede que sea por esto por lo que inspira confianza, porque es distinto de los demás. Pero en ciertas cosas Poincaré es un típico representante de la burguesía francesa o del campesino francés que viene a ser casi lo mismo, porque la burguesía en Francia revela su origen campesino. Tiene la estrecha mentalidad jurídica, el metódico cuidado de las fórmulas, el respeto por la letra de los documentos escritos, y la astucia limitada

de la visión. Tiene en verdad mucho de notario, y ya se sabe que los franceses están siempre listos a encomendar sus intereses a un notario. Y porque conoce su propio talento y tiene propósitos definidos y los sigue con tosuda persistencia, inspira confianza.

Sin embargo, no es ésta la primera vez que Poincaré ha sido vencido por las circunstancias y ha fracasado en su política. Una razón, sin duda, es que carece de percepción y no puede ver con bastante previsión. Lo que Clemenceau dijo de él que sabía de todo y no entendía de nada, era desde luego un chiste en que había deliberada exageración pero también mucho de verdad. Cuando uno vuelve la vista hacia los últimos 16 años durante los cuales Poincaré ha sido una influencia en la política francesa, es difícil decir en qué ha tenido éxito su política. No hay duda de que su programa de 1912-1914 fué uno de los factores más importantes que provocaron la guerra. Cuando fué electo presidente, Anatole France dijo inmediatamente que ello quería decir guerra. Otro tanto dijo Michel Corday y algunos de nosotros en París. Pero aunque yo no tengo ninguna duda acerca de la responsabilidad de Poincaré en la guerra, no estoy seguro de que él deliberadamente la quisiera. Me inclino más bien a pensar lo contrario. Ciertamente que él quería recobrar Alsacia y Lorena; él mismo dijo que ésta reconquista era el único ideal que tenía para vivir su generación; ciertamente que se propuso seguir una política extranjera activa, *une politique fière*, para demostrar que Francia, como dijo otra vez en 1912, no tenía miedo a la guerra, pero dudo que tuviera bastante percepción para darse cuenta de que su política estaba llevándonos a la guerra.

Cuando ésta vino, su propósito persistente fué no sólo recobrar a Alsacia y Lorena sino anexar todo el territorio del Rin o al menos separarlo de Alemania. En 1923, como lo demuestra el informe Dariac, no había abandonado el propósito, pero no lo consiguió ni lo conseguirá nunca. Él, con Millerand, destruyó el arreglo de Briand y Lloyd George en Cannes y forzó a Briand a renunciar, pero unos pocos años después tuvo que aceptar Locarno, que era resultado del fracaso de Cannes y mucho preferible de todo punto de vista excepto del chauvinista francés. Invadió el Rhur rehusando el ofrecimiento de Bonar Law de cancelar la deuda de Francia a Inglaterra si se abstenia de hacerlo, con el fin de forzar a Alemania a pagar sumas grotescas por reparaciones, y el único resultado fué que se vió obligado a aceptar el plan Dawes, que es una admisión de que Alemania no podía pagarlas. Porque aunque Herriot era ya minis-

tro cuando se adoptó el plan Dawes, Poincaré ya lo había aceptado en principio antes de dejar el poder en 1924. Desde que Poincaré volvió al ministerio en 1926 es verdad que dió al traste con el acuerdo de Thoiry igual que antes con el de Cannes, pero aunque ha pospuesto el entendimiento franco-alemán y puede que lo posponga por un tiempo más, no creo que podrá impedirlo permanentemente. Es posible aún que Poincaré sea el primer ministro francés en evacuar el Rhin si permanece en su puesto más tiempo que Chamberlain.

En pocas palabras, la carrera de Poincaré ha sido un fracaso. Ha hecho cosas que no hubiera querido hacer, y ha dejado de hacer otras cosas que hubiera querido haber hecho. Pero como dijo el otro día J. M. Keynes en la *Nation* de Londres, los políticos son los intérpretes y no los amos del destino. Su tarea es en una palabra registrar el *fait-accomplí*. Así es que nosotros podemos decir que en este asunto de la estabilización del franco como en los otros asuntos mencionados, Poincaré ha hecho su tarea.

Robert Dell

Mercurio Peruano

Revista mensual de Ciencias Sociales
y Letras

Director: VÍCTOR ANDRÉS BELAUNDE.

Número suelto..... UN SOL

Apartado N.º 176. Lima Perú

REVUE DE L'AMERIQUE LATINE

Aparece el 1.º de cada mes

Publica estudios de escritores, sabios y políticos franceses, hispano-americanos y brasileños sobre la América Latina y sus relaciones con Francia.

Dará a conocer, en selectas traducciones, novelas, cuentos y ensayos de autores hispano-americanos y brasileños.

Sus crónicas, numerosas y de variada índole, resumen la vida intelectual, artística, económica y social del Continente latino.

SUSCRIPCIONES

En el Extranjero (Países que concedieron la tarifa reducida) un año \$ 2.40 o £ 0-10-0.

(Los otros países, incluso Costa Rica): un año \$ 2.60 o £ 0-10-8.

Redacción y Administración:

2, rue Scribe, París.

QUIEN HABLA DE LA

Cervecería TRAUBE

se refiere a una empresa en su género, singular en Costa Rica. Su larga *experiencia* la coloca al nivel de las fábricas análogas *más adelantadas* del mundo.

Posee una planta completa: más de *cuatro manzanas* ocupa, en las que caben todas sus dependencias:

CERVEZERÍA, REFRESQUERÍA, OFICINAS, PLANTA ELÉCTRICA, TALLER MECÁNICO, ESTABLO.
Ha invertido una suma enorme en ENVASES, QUE PRESTA ABSOLUTAMENTE GRATIS A SUS CLIENTES.

FABRICA:

CERVEZAS	REFRESCOS	SIROPES
Estrella, Lager, Selecta, Doble, Pilsener y Sencilla.	Kola, Zarza, Limonada, Naranjada, Ginger-Ale, Crema, Granadina, Kola, Chan, Fresa, Durazno y Pera.	Goma, Limón, Naranja, Durazno, Menta, Frambuesa, etc.

Prepara también *agua gaseosa* de superiores condiciones digestivas. Tiene como especialidad para fiestas sociales la Kola DOBLE EFERVESCENTE y como reconstituyente, la MALTA.

SAN JOSE — COSTA RICA.

Página Lírica

de Enrique Díez Canedo

=De Epigramas Americanos, Madrid, 1928.=

Partida

Cádiz es amigo ejemplar.
Te trae a bordo, y, al zarpar,
te dice adiós. El mar y el cielo
te envuelven, y entre cielo y mar
todavía ves blanquear
su temblor de último pañuelo.

Peces voladores

Parece el mar sereno,
y una guerra civil quizá en él se desata.
De su seno surgidas, se clavan en su seno
las saetas de plata

Entrando en Río de Janeiro, de noche

La noche, reina negra, desciende hasta sus
[mares.
Para el baño la ornaron sus doncellas.
En sus pechos de sombra luminosos collares.
En sus crespos cabellos un enjambre de
[estrellas.

Avenida Paysandu

(Río de Janeiro)

¡Oh, genio del lugar que nos acechas!
lléguense sin recelo a ti las almas:
porque, en signo de paz, todas tus flechas
clavaste en tierra y se han trocado en palmas.

Montevideo a la vista

Ya el mar es patria, no destierro;
porqué el espíritu de Ariel
esboza una ciudad y un cerro
con su luminoso pincel.

Hay-kay de Buenos Aires

La curva criolla de una voz
vuelve americana
la calle.

Plaza de San Martín

(Buenos Aires)

San Martín por los aires galopa,
y en la plaza el frondoso arbolado
finge en torno fantástica tropa.
Corre el viento. Escuchad. Cada copa
guarda un eco del grito sagrado.

Un tango

¿De qué sima extraña sales,
viento que brisa pareces
y al pasar los arrabales
de las almas estremeces?

A Enrique Larreta, en su casa española

Lo quisiste y te dió la patria ibera
para tu gloria un libro y para el arte
del buen vivir una mansión entera:
nadie podrá Zogoibi apellidarte.

A Valery Larbaud, pensando en Ricardo Güiraldes

Se fué. Ya no es más que sombra.
Montó en su pingo pampeano.
Solo se fué por el llano;

dejó atrás rancho y potrero
y en el último lindero
nos dijo adiós con la mano.

Gran premio Carlos Pellegrini

(Buenos Aires, noviembre, MCMXXVII)

El galopar de un corazón en cada pecho.
Y un redoblar de cascos. Y en un solo rumor
olas de voz humana: todo un mar contrahecho.
Ya pasó la Fortuna y ha elegido color.

Paso de los Andes

La grandeza toca al espanto.
Y el tren cruza la cordillera,
menudo y silencioso, tanto
que la montaña no se entera.

Puente del Inca

(2.320 metros de altura)

¡Milagro, equilibrio inaudito!
Como en una arista de hielo
descansa el mundo: dad un grito
y se hundan la tierra y el cielo.

Chile

Te arrulla el mar, te velan las montañas,
te arde la frente y por los pies tiritas:
con sus pródidas manos infinitas
Dios está removiendo tus entrañas.

Ahumada-Huérfanos-Estado

(Santiago de Chile)

Aquí cambia en mujer toda su nieve
la cordillera immaculada;
cada rostro es un cielo breve
y un relámpago azul cada mirada.

Ciudad medida

(Santiago de Chile)

Toda en ángulos rectos los tuyos te querían,
toda en cuadradas iguales:
tal como Ercilla y Oña, severos, componían
sus poemas heroicos en octavas reales.

Imagen del Mapocho

(Santiago de Chile)

Río de tierras libres, caudillo mal domado,
preso te ves de pronto; piensas que es un
[mal sueño,
y entre tus vencedores pasas precipitado,
prietos los puños, turbia la cara, duro el
[ceño.

Cerro San Cristóbal

(Santiago de Chile)

¡Dichosa la ciudad que, desde arriba,
donde el aire es más puro,
puede buscar en su presencia viva
las promesas de su futuro,
viendo cómo se marcan en el llano
calle, alameda, plaza, río, senda, camino,
como las líneas de la mano
que guardan el secreto del destino!

Valparaíso, de noche

Se ha desprendido un trozo de cielo cons-
[telado.
Clavos de oro en tierra lo quieren sujetar,

pero no lo consiguen; poco a poco, inclinado,
va resbalando al mar.

Una plaza, en Lima

La fachada barroca detuvo en un momento,
que ya es de siglos, toda su masa en mo-
[vimiento.

Duerme la iglesia. Duerme la plazuela tran-
[quila.

Para que no despierte la palmera vigila.
La ciudad sus rumores vuelve arrullo sedeño.
Una mujer de manto cruza, como un ensueño,

Llegando al Ecuador

Cesen ya los pelados montes de faz tre-
[menda
que en su entraña avarientos custodian sus
[metales:

¡que al mar salga otro suelo y acogedor
[nos tienda
sobre las olas mismas sus brazos vegetales!

Guayaquil, en la buena estación

¡Oh, Guayaquil, bien hayas!
Y más cuando acuartelas tus legiones
de lanceros del Guayas,
en cuyos agujijones
todo tu ardor, toda tu fiebre pones.

El reloj de Olmedo

(Museo de Guayaquil)

Hoy los que por de Olmedo te veneran
piensen que tú marcaste a su ansiedad
horas de inspiración, que también eran
horas de libertad.

Isla de Santa Clara (El Muerto)

Quédate en paz, yacente,
los brazos sobre el pecho, sola, sin más
[amparo
que, en la noche del trópico, la luz inter-
[mitente
de un blandón funeral: tu faro.

Negríta de Panamá

Animalillo joven, lindo boceto humano,
tallo henchido de sabia, flor nocturna en
[botón:
¡que el tiempo, como inhábil pintor, con
[tosca mano
de tan gráciles líneas haga informe borrón!

Gringuitos en Balboa

Tez de nácar, azules ojos, rubios cabellos:
todo el ardor del trópico se vuelve luz en
[ellos.

Lluvia en Gatún

(Canal de Panamá)

El agua en las esclusas sigue, dócil y exacta,
la voluntad del hombre como su esclava y
[sierva.
¡Muestra tú que aún es libre, negra nube
[compacta,
para la sed del árbol, el arbusto y la hierba!

Las cuatro negras de Colón

(En el mercado)

Blanco y azul, rosa y verde;
nada que ajuste y concuerde
sino en la desarmonía.
Son estas cuatro matronas
como banderas chillonas,
cuya extraña algarabía
tiene alardes inauditos,
tiene cadencias bestiales.
Son banderas de señales
que hablan, no a señas, a gritos.

El talle de América

Un cinturón de agua ciñe tu talle, América.
Es un broche Balboa, Colón el otro broche.
Luce a la vez en ambos tu riqueza quimé-
[rica.
Son, de día, esmeraldas; diamantes, por la
[noche.]

Tocando en puerto Colombia

Colombia, no he de entrar contigo a plática,
tierra del buen hablar,
que me enseñas, de toda tu gramática,
únicamente un verbo irregular.

Negra de Curaçao

Es tu cuerpo rugoso carbón consumido;
es tu pelo ceniza de hogar extinguido;
tu mirada tras gruesos cristales se apaga;
todo en ti se adormece, se agosta, naufraga.
Sólo a instantes, pegado a tus labios, aviva
un cigarro encendido su lumbre furtiva.

Negros cargadores

(Pocahontas coal for steamships.—Curaçao)

Hormigas afanosas corren en doble hilera,
suben, bajan: tarea jamás interrumpida.
Cangilones humanos, vuelcan su propia vida
por la insaciable porta carbonera.

Nochebuena en Puerto Cabello

Ardes con el cohete del cielo, con la fiebre
de la grúa y la carga y el disco en la vic-
[trola.
Ardes, oh Nochebuena, sin Niño y sin Pesebre,
sin otro frío que el de un alma sola.

La Guayra

A la montaña el mar se aprieta
con urgencia tan viva
que tú no puedes más, inquieta,
y echas a correr, monte arriba.

Las dos arquitecturas

(San Juan de Puerto Rico)

Es tímido el rascacielos.
Lo que le corta los vuelos
¿no es la convicción profunda,
no es la modestia inocente
del casón que dice, enfrente:
Reinando Isabel Segunda...?

Mar contraria

Hoy es el barco potro que galopa,
Tasca el freno y albea la espuma a cada
[salto.
La cola barre el mar, tendida tras la popa,
como una estela sobre el mar cobalto.

A Tomás Morales, en su Atlántico

Tomás, aquí en tu casa contigo al fin con-
[verso.
Ya no me abres los brazos, amigo, en el
[umbral.
Ya sólo puedo ahora decirle al mar tu verso:
a este mar que lo ha ungido con su yodo
[y su sal.

Regreso

Heureux qui comme Ulysse a fait un beau voyage
Ou comme cestuy-là qui conquist la Toison...
Joachim du Bellay.

Ni Ulises ni Jasón. Toda mi ciencia
consista en ser más claro, más sereno,
más rico, pero sólo de experiencia,
tal vez más útil y ojalá más bueno.

Margarita Ogilvy

Por su hijo

JAMES M. BARRIE

Traa. de Ernesto Montenegro

CAPÍTULO III

Lo que se esperaba de mí

Mi madre era una gran lectora, y en los diez minutos que debía dejar pasar entre la rociada y el almidonado de la ropa se aplicaba a la *Grandeza y Decadencia...* y terminaba la obra de Gibbons ese mismo invierno. Las palabras en idioma extranjero la molestaban y eran causa de lamentaciones por no poseer una educación clásica—toda su instrucción se había reducido a algunos meses de clase en casa de una vecina,—pero nunca dejaba pasar las palabras extranjeras sin hacérselas interpretar, y en la próxima ocasión en que se encontraba con ellas las trataba como a antiguas conocidas, lo que no dejaba a mi ver de ser una gracia. Una de sus delicias era que yo le enseñara trozos de Horacio, para luego inyectarlos en su conversación con «gente letrada». La he encontrado en parajes solitarios de la casa, como ser el rellano de la escalera o la pieza que da al oriente, cuando ella murmuraba esas citas latinas para su coleteo, y no se me olvida la manera que tenía de decir a algún visitante: «Sí, sí, es muy cierto, doctor, pero ya sabe usted que *Eheu fugaces, Postume, Postume, labuntur anni*, o esto: «Vaya, señor mío, mi muchachita va muy bien, pero ¿no sería más apropiado decir «*O mater, pulchra filia pulchrior*», lo cual les dejaba asombrados si ella conseguía terminar la frase sin turbarse, aunque por lo general rompía en una carcajada por la mitad y quedaba en descubierto.

Los libros de biografía o de exploración eran sus favoritos, de preferencia la biografía de hombres que habían sido buenos con sus madres, y le gustaba que los exploradores estuvieran vivos para poder sentir el escalofrío de imaginarlos de nuevo en busca de aventuras, pues aunque expresaba su deseo de que ellos fuesen bastante sensatos para permanecer con su familia en adelante, no podía reprimir su admiración cuando veía que sus esperanzas fallaban. Años más tarde tuve un amigo que estaba dedicado a las exploraciones en África, a quien mi madre estimaba de dos distintas maneras: le tenía por uno de los más extraordinarios mortales, admirándole prodigiosamente al imaginarle al frente de su caravana, ora atacado por los salvajes, ora por los animales feroces, y le adoraba por las horas de sobresalto que le daba; pero también temía que quisiera llevarme en su compañía, y en estos momentos pensaba que la ley debiera prohibir estas cosas. Las madres de los exploradores le interesaban también grandemente; bien pudiera ser que los libros no hicieran referencia alguna a ellas, pero ella podía darles vida por sí misma y retorcerse las manos en simpatía con ellas cuando habían pasado seis meses sin noticias del hijo. Sin embargo, había ocasiones en que se los envidiaba, como ser el día en que volvían victoriosos. En tales casos lo que aparecía ante sus ojos no era el hijo de vuelta a su patria, sino una anciana que está atisbando su venida tras la cortina de una ventana y haciendo esfuerzos por no aparecer envanecida. Las informaciones de los diarios se ocuparían sólo del explorador, pero el comentario de mi madre sería: «He ahí una mujer que se siente ufana esta noche.»

Leímos juntos muchos libros mientras yo era pequeño, siendo el primero (y el segun-

do) el *Robinson Crusoe*. *Las Mil y una Noches* debió haber sido el segundo, pues ya lo habíamos sacado de la biblioteca pagando un centavo por tres días, pero al descubrir que no se ocupaba de aventuras caballerescas, inmediatamente lo mandamos devolver, y yo le he mirado con desdén desde entonces. *El Peregrino* (1) de Bunyan lo teníamos en casa (era un objeto tan corriente como un velador y tanto me deje seducir por él, que transformé el jardín en una «Charca del Abatimiento», representando los cristianos con los horcones de las plantas y colgándoles encima cualquier tiesto por Fardo de Tribulaciones; pero al sacar a mi madre a tirones a que viera mi obra, ella se asustó, y yo me quedé confundido por varios días con la idea de haber hecho una maldad. Además de leer todo libro que podíamos pedir prestado o alquilado, yo compraba uno de vez en cuando, y mientras estaba escogiéndolo (esto era a veces ocupación de varias semanas) leía aquí y allá de pie junto al mostrador de la librería, la cual es tal vez la manera más exquisita de leer. Me subscribí además a una revista llamada *Sunshine*, la publicación mas deliciosa que haya aparecido jamás, estoy seguro. Costaba medio centavo o un centavo al mes, y en cada número traía, cómo me complazco en recordarlo, un folletín acerca de una encantadora muchacha que vendía berros: un manjar que no se cosechaba y que probablemente no se conocía en mi pueblo natal. Esta romántica criaturilla se apoderó de tal modo de mi imaginación, que ni aun hoy puedo comer berros sin sentirme emocionado. Me desvelaba pensando qué contratiempos le ocurrirían en el próximo folletín; he dejado escapar las truchas, porque cuando picaban el anzuelo, mi pensamiento andaba vagando con ella, y mi primera edad quedó amargada a causa de que ella se retardaba los primeros de mes. No podría decir si se debió a que ella se tardaba cierto mes en forma tal que la flaca naturaleza humana no podía resistir, o fué que se nos había agotado la biblioteca circulante, pero lo cierto fué que un día concebí una gloriosa idea, o me fué indicada por mi madre que estaba deseosa de que la dejara trabajar en su nueva alfombra de retazos para la sala. Mi ocurrencia no era nada menos que esto: ¿Por qué no había de escribir yo mismo los cuentos? Los escribí en efecto—en el desván—pero no por esto tuvo ella más libertad en su labor, pues apenas terminaba un capítulo bajaba brincando la escalera a leérselo, y tan cortos eran los capítulos y la pluma tan veloz, que ya estaba de vuelta con otro nuevo antes de que ella hubiese añadido otra tira a la alfombra. La producción literaria resultaba para mí como el cocer biscochos para ella, una continua carrera de un punto a otro. Todas eran historias de aventuras (feliz el autor que escribe de aventuras); ningún personaje debía tener semejanza con criatura viviente; las escenas estaban situadas en regiones desconocidas, islas desiertas, jardines encantados, donde había caballeros errantes montados en ne-

(1) *Pilgrim's Progress*, la obra religiosa más popular, después de la Biblia, en Inglaterra y Estados Unidos.

gros corceles, y al volver la primera esqui-
na una dama que vendía berros.

Al llegar a los doce años, o cosa así, dejé
mi carrera literaria en el desván, visto que
en la escuela donde me habían puesto los
deportes eran ejercicio mucho más estimado;
pero el año anterior al de mi entrada en la
Universidad tuve una recaída y me escribí
la mayor parte de una novela en tres
volúmenes. Un editor me contestó que im-
primiría mi obra por cien libras esterlinas,
y por más que el dinero no fuera el obstá-
culo primordial (tenía seis centavos de aho-
rro) el golpe más rudo que recibimos fué
al ver que en su carta me decía que me
consideraba como «una brillante señorita».

Repliqué con altanería que yo era un caba-
llero, y desde entonces oculté el manuscrito.
La malignidad de los editores no podía
obligarme a renunciar, sin embargo. Desde
el día de mi nacimiento a la literatura allá
en el desván, mi resolución quedó hecha: no
había de ser yo uno de esos que se apolil-
lan en una profesión; la literatura era mi
campo de combate. Las personas que se
interesaban por mí no tenían en mucho la
profesión literaria. Me acuerdo que dos da-
mas solteras me preguntaron allá por el
tiempo en que iba a salir de la Universidad
qué me proponía ser, y cuando repliqué
desvergonzadamente: «un escritor», ellas al-
zaron las manos al cielo, mientras una ex-
clamaba en son de reproche: «¡Y todo un
licenciado!» El modo de pensar de mi madre
al respecto no era muy desemejante, y por
mucho tiempo tomó a broma mi vocación,
pensando que pronto desearía tales ideas,
y más tarde la mortificaban tanto, que tra-
té de renunciar a ellas. Ser pastor de una
iglesia: eso le parecía una de las más ha-
lagüeñas expectativas, pero como era una
mujer muy ambiciosa, en ocasiones solía
añadir como asustándome de sus aspiracio-
nes, que había pastores que habían llegado
a una cátedra de profesor en un seminario,
«pero no era discreto pensar en tales cosas».

No tenía más que una persona en mi fa-
vor, un viejo sastre, el hombre más hombre
que haya conocido, y un conversador de lo
más granado. Era solterón (de él he apre-
ndido todo lo que se puede saber respecto
de la mujer), un hombre enjuto, de cara pá-
lida, que andaba con las piernas encogidas
como si llevara algo afirmado en los mus-
los. Todas sus andanzas se reducían a ir a
la mesa de trabajo hasta que llegaba la
hora de irse a la cama. Tal vez hubiera sa-
lido a la calle de ocurrírsele tal idea, pero
en los años que le conocí, los últimos de
su honesta vida, creo que no estuvo más
de dos veces al aire libre, en las ocasiones
en que cambió de domicilio unas cuantas
puertas más allá de su vivienda anterior.
No tuve oportunidad de verle en ninguna de
estas salidas, pero me parece verlo ahora,
como si lo agitara el vértigo de una atmós-
fera electrificada; en una mano lleva una
plancha económica, mientras levanta la otra
para tocar algo extraño que siente en su
cabeza: el sombrero. Una ligera emanación
de ropa chamuscada va quedando a su paso.
Este hombre ha oído hablar de mi colección
de fotografías de los poetas y me pide que
le deje echarles una ojeada, con cuyo mo-
tivo le hice mi primera visita. Recuerdo co-
mo las esparció sobre su tabla de planchar
y tras contemplarlas largamente, se volvió
a mirarme y me dijo con solemnidad:

What can I do to be for ever known,
And make the age to come my own?

Estos versos de Cowley eran desconoci-
dos para mí, pero el sentimiento que los
inspiraba no me era extraño, y me maravi-
lló que el viejo sastre pudiera adivinar tam-
bién lo que pasaba por mí. Me contrarió
por eso descubrir más tarde que él no pen-
saba en mí para nada, sino en su propia
mocedad, en aquel tiempo en que este pa-

reado resonaba en su cabeza, y le consu-
mía el ansia de lanzarse a la aventura de
las letras; pero le sobrecogió el miedo, y
vino la vejez antes de que se hubiera de-
cidido a hacerlo, y pronto la muerte llegó a
sorprenderlo inclinado sobre la tabla de
aplanchar.

Corrí a casa llevando los versos en la
punta de la lengua, pero había visitas, y lo
que tenía que decir era para sus oídos so-
lamente; de consiguiente, la llamé a la es-
calera y le dije con imperio:

¿Cómo grabar mi nombre en el bronce inmortal,
haciendo de los tiempos mi propio pedestal?

Era una extraña cuestión para venir a
proponérsela a una persona a quien se obli-
gaba a dejar su taza de té, y me figuro que
debió de extrañarle; pero creo que ella no
se rió, y años más tarde repetía los versos
con apasionamiento que le hacía subir la
sangre a sus mejillas. «Eso es lo que hubie-
se querido ser usted misma» solíamos decir-
le en broma, a lo que ella respondía casi
con vehemencia: «¡No, pero me sentiría muy
ufana de ser su madre!» Es posible que
hubiera podido serlo, a haber vivido aquel
otro hijo cuyo amor por ella pudo haberlo
llevado a realizar los más locos sueños, pe-
ro por mi parte ya puedo reirme de una de
las dos figuras que estaban en la escalera
en esa ocasión, ya que desde hace mucho
tiempo he renunciado a la ilusión de llegar
a ser famoso alguna vez, y más bien ima-
gino para mí un destino semejante al de
mi amigo sastre; y así como él vió llegar
su fin en el obrador, así espero yo que se
me ha de encontrar en mi pequeño telar,
haciendo a conciencia la obra que está más
a mi medida. ¿Quién sabrá mejor que yo
que lo que manejo es apenas un telarcillo
comparado con las lumbreras del arte que
han de reverberar a través de las edades
venideras? Pero la persona que estaba con-
migo en la escalera ese día era una mujer
de gustos muy sencillos, acostumbrada toda
su vida a dar valor a las cosas más peque-
ñas, y mi obra estaba lo suficientemente
bien hecha para agradarle, lo cual ha sido
mi ambición fija desde que era niño.

Al fin logré convencerla, y su deseo lle-

Epigramas americanos...

(Viene de la página 296).

ticas. Sólo mi homónimo, el hombre de la
Naturaleza, al que Gracián, siguiendo las
huellas de los autores árabes, puso en com-
pañía y conversación con Critilo, vería al
mundo desnudo de literatura, de mitos y de
sombras históricas.

La poesía culta no es necesariamente
amanerada ni fría. Es una poesía que está
enterada de los antecedentes y que sabe
que no estrena los asuntos; que en el mundo
hay muy pocas cosas por estrenar, pero tam-
bién que cada emoción personal nueva ante
las cosas es un estreno.

Los *Epigramas americanos* de Díez-Canedo
abundan en pormenores delicados, en exac-
tas imágenes, como la ciudad de cuadras
regulares comparada a los poemas en octa-
vas reales; en graciosos rasgos descriptivos,
alguno un poco hermetico, como el verbo
irregular que le enseñó Colombia. Compone-
nen un libro fino que no puede escribir cual-
quier poeta, porque se necesita un gusto
muy depurado y un don singular de con-
centración, de síntesis, pero que no es un
libro fundamental en la obra de un poeta
como Díez-Canedo, sino un bello episodio,
que cierra el autor galana y noblemente con
esta glosa de Joachim du Bellay:

Ni Ulises ni Jasón. Toda mi ciencia
consista en ser más claro, más sereno
más rico, pero sólo de experiencia,
tal vez más útil y ojalá más bueno.

A n d r e n i o

(La Voz, Madrid)

gó a ser el mío, de que me dejara salir
con mi gusto... pero ¡ah! los escaños de hie-
rro de aquel parque londinense tristemente
famoso como hospedaje de literatos fraca-
sados, y aquel cuarto desnudo en lo más
alto de interminables escaleras! Mientras
yo terminaba mis estudios en el colegio,
ella recorría las bibliotecas en busca de
libros que hablaran de cómo lo pasaban los
que iban a Londres a vivir de su pluma, y
todos contaban la misma escalofriante his-
toria. Londres, nunca visto por ella, se le
aparecía como un monstruo que devoraba
a los jóvenes provincianos tan pronto como
bajaban del tren; veía patentes las buhardi-
llas donde yacían en el abandono, y los
escaños del parque donde pasaban la noche.
Esos asientos del parque eran para ella como
los resplandecientes ojos del monstruo, y
cuando ahora paso junto a ellos la siento
más cerca de mí que cuando estoy en cual-
quiera otra parte de Londres. Es posible
que este Hyde Park, tan alegre de día, al
llegar la noche sea recorrido por las ánimas
de muchas madres, que con ojos alocados
corren de un escaño a otro tratando de co-
nocer a su hijo.

Previsto a que pudiéramos librarnos de
esos temibles escaños, ella deseaba tanto
como yo que fuera a probar mi suerte, y se
me ocurrió la idea de que, dejando sin se-
ñalar el sitio de Hyde Park en los mapas
de Londres que me entretenía dibujando, la
posibilidad de ir a ocuparlo quedaba tam-
bién excluida. Londres me era tan descono-
cido como a ella, pero mucho antes de
lanzarme en él ya le conocía por los mapas,
y podía dibujarlos con más exactitud de lo
que podría hacerlo ahora. Muchas veces ella
y yo nos íbamos de excursión por el mapa,
y nos divertíamos deteniendo el dedo en
las oficinas del telégrafo para prevenir a mi
padre y hermana que no estaríamos de re-
greso hasta tarde; hacíamos señales amis-
tosas a mis libros que se mostraban en los
escaparates más elegantes; íbamos a almor-
zar a los restaurantes (sin olvidar que no
debíamos decir «comida» por el almuerzo),
soltando al pasar un «¿cómo va?» a Mr.
Alfredo Tennyson al encontrarle en Regent
Street. Al presentarnos en las oficinas de
los editores en busca de mi cheque, e inte-
rrogarla alegremente: «¿Se lo entrego a
usted o me quedo yo con él?» ella no falla-
ba de replicar:

—Se me ocurre que será mejor llevarlo
al Banco y cobrar el dinero.

Pues ella estaba siempre más segura del
dinero contante que de los cheques. Nos
íbamos, pues, al Banco (dos billetes de a
diez libras y el resto en oro) y de allí sa-
líamos derecho (en carruaje) para una de
esas tiendas que venden abrigos de piel de
foca para las señoras de cierta edad. Pero
antes de que la risa se extinguiera, el par-
que se nos presentaba como un borrón en
el mapa.

—Siquiera pudieras contar con lo neces-
ario para no morirte de hambre, decía mi
madre con un suspiro.

—Con algo más, madre, para enviarte
a ti.

—No debes esperar eso en un prin-
cipio.

La dama que yo debía comenzar por cor-
tejar era el periodismo, esa griseta de la
literatura que ofrece su mano y su sonrisa
a todo principiante, dándole la bienvenida
en el umbral, enseñándole tantas cosas útiles,
presentándole a la otra dama que ha estado
adorando de lejos, aun instruyéndole en
cómo ha de ganársela, para luego dejarles
en el camino con los mejores votos por su
fortuna; sería un ingrato el que, después de
haber gozado de su alegre compañía no le
tirara un beso al pasar. Pero si bien ella
no guarda rencor cuando se la abandona,
hay que servirla asiduamente mientras se
está entregado a ella, colmándola de aten-

ciones y poniéndola por las nubes, y mientras tanto uno no haya tenido pruebas de su paciencia (no olvidarlo), ni una palabra con referencia a la otra dama. Cuando por último me admitió en su compañía, me prendé tanto de ella que le di el nombre de la otra, y aun hoy pienso a veces que la hermana menor era más entretenida; pero en los comienzos traté de cortejarla con colaboraciones enteramente fuera de lugar. En un libraco hallo columnas de notas acerca de obras proyectadas por aquel tiempo, casi todas consistentes en ensayos sobre asuntos profundamente aburridos: el más liviano debía ser un volumen sobre los primeros satíricos ingleses, comenzando con Skelton y Tom Nash; la mitad del manuscrito está todavía en un polvoriento baúl. La única obra novelesca proyectada era sobre María, reina de Escocia, la cual era además protagonista de muchas obras no escritas. La reina María parece haberme estado llevando por caminos extraviados desde los tiempos en que vi Holyrood, y tengo los más negros temores de que bien puede que un día escriba al fin la novela. Lo que nunca se me ocurrió fué que pudiera escribirse algo acerca de mi pueblo natal. Habíamos leído alguna vez que un novelista lleva ventajas a casi todos sus colegas si consigue conocerse a sí mismo y a una mujer, y mi madre me decía:

—Tú te conoces, ya que todos debemos conocernos a nosotros mismos (nunca he visto una mujer que se conociera tan poco como ella).—Y agregaba con el tono de una lamentación:

—Pero no creo que conozcas a ninguna otra mujer más que a mí!

—Entonces no hay más que hacerla a usted mi heroína, decía yo en broma.

—Valiente vajerío para heroína de nadie, respondía ella, y ambos nos reíamos de la ocurrencia: tan ignorantes estábamos del porvenir.

Por esto se ve bien claro si estaría yo preparado cuando entré de un día para otro al servicio de un diario provinciano de Inglaterra para escribir las notas de redacción (mi hermana fué quien vió el anuncio). Por el momento sentí tanto entusiasmo como el resto de la familia, de ver que al fin se me presentaba mi oportunidad, y con un sueldo que nos parecía prodigioso, pero se me necesitaba para comienzos de la semana, y de repente me di cuenta de que tales párrafos eran precisamente lo que siempre me saltaba en la lectura del diario. ¡Notas editoriales! ¿Cómo estaban escritas? ¿De qué trataban? Mi madre estaba ya sentada con cara radiante en medio de mis calcetines, y me faltó el valor para exponerle mis dudas. Me fui a mi cuarto a meditar, a donde ella vino con el diario del día a que le mostrara esas Notas de Redacción. Era evidente que no podía esperar que ella me iluminara.

—¿Tienes más periódicos?—le pregunté,—y tras no poco registrar me trajo algunos con que había empapelado sus cajas. Otros, muy polvorientos, salieron de debajo de las esteras, y por último un fajo todo negro de hollín fué extraído de la chimenea. Rodeándome de ellos me puse a estudiar la forma de convertirme en periodista.

alejaban del profesorado y de las carreras superiores por motivos familiares de índole económica. Con la segunda enseñanza gratuita queda evitado, por lo menos prevenido, este mal. Los capaces sin medios de fortuna pueden asistir al liceo y hacerse bachilleres. No habrá de costarles nada.

La victoria de Herriot es una victoria de Francia. El ministro es un hombre culto, innovador, enérgico. Pero todas sus virtudes de estadista hubieran permanecido *in potentia* sin la atmósfera nacional favorable en que se desenvuelven. La enseñanza gratuita—toda la enseñanza—es uno de los sueños de la Francia revolucionaria que empieza a realizarse.

Considere el lector la trascendencia de la reforma ¡Cien institutos gratuitos! La cultura general, la fuerza intelectual de Francia acrecida considerablemente por nuevas legiones de ciudadanos cultos. Y a más ciencia—no lo dudemos—, más potencia, más poder...

Alberto Insúa

Sencillez y eficacia

...He podido apreciar lo que vale el esfuerzo de Francia en un Liceo. Pero quizá sea más gráfico el efecto que me produjo la Escuela Profesional, en el paseo Cenarro, junto al antiguo cementerio cristiano, clausurado; hoy hermoso jardín. Escuela sin burocracia. Una gran nave, tosca, de taller. En el centro, una cabina acristalada, como la garita del capitán sobre el puente. No tiene otro despacho el profesor M. Le Cozler. Este bretón, fuerte y achaparrado, lleva su escuela con la más fina inteligencia y con el setido más práctico que puede desearse para educación de obreros y artifices del hierro y de la madera. Fuera de esa gran nave sólo he visto una clase, de batalla, con cielo vano, destartado, donde ha hecho su nido una lechuza. Pero los libros y modelos, así como todo el material de trabajo, son modernos y, sobre todo, prácticos. Acuden moros y hebreos, y también españoles, que salen muy buenos operarios. Hay cantina para el almuerzo, que supongo alcanzará a todos. La comunidad israelita ayuda con un subsidio a los aprendices hebreos. ¡Bien haría la colonia española colocando en iguales circunstancias a los suyos! M. Le Cozler extiende su vigilancia y su cuidado fuera de la escuela. Se interesa por la asistencia del alumno, indaga las causas; evita que dejen de acudir por desidia de los padres e interviene en los casos extremos de pobreza. Todos los buenos maestros españoles saben cuánto vale esta labor personal y qué eficacia logra si está apoyada en una organización y en un concurso superior. La casa de M. Le Cozler, en el ancho patio, a la sombra de un olmo, acaba de dar aspecto patriarcal a esta institución popular.

Esta misma preocupación por la sencillez y la eficacia revelan los dos Liceos que he visitado, donde nada sobra, ningún gasto es inútil, y el millón de francos que invierte en ellos Francia, anualmente, puede decir que lo emplea bien. Han buscado las afueras de Tánger, han levantado construcciones de escaso coste. El de niñas especialmente, con su grupo escolar anejo, es un modelo de limpieza, de economía y de gracia. La dirección es muy buena; el profesorado, digno de ella. La tensión que se les pide y que transmiten a los estudios procurando el mayor rendimiento, conforme al plan general de enseñanza en los Liceos franceses, hace que esté ya creado a su alrededor favorable ambiente de prestigio.

Luis Bello

(El Sol. Madrid).



Qué hora es...?

Lecturas para maestros: Nuevos hechos, nuevas ideas, sugerencias, ejemplos, incitaciones, perspectivas, noticias, revisiones...

La buena reforma de Herriot

=De La Voz. Madrid.=

EL ministro Herriot, uno de los hombres más inteligentes y emprendedores de la Francia contemporánea, ha sido el «animador» de la gran reforma que acaba de operarse en el estatuto pedagógico de la República. Consiste esta reforma en que, a partir del curso actual, la segunda enseñanza será en Francia gratuita, absolutamente gratuita para un crecido número de alumnos. Nada menos que cien establecimientos de enseñanza—liceos o colegios oficiales, que vienen a ser lo mismo, y corresponderían a los institutos españoles si en éstos existiera el internado—quedan afectados al nuevo régimen.

En estos cien colegios y liceos, todos los alumnos estudiarán de balde, por cuenta del Estado. En los restantes, la segunda enseñanza seguirá exigiendo el coste de las matrículas y de las pensiones. Pero conviene advertir que aun en los liceos «de pago» el Estado francés no recupera sus desembolsos. A mayor número de alumnos en un liceo o colegio, mayores apuros económicos para el *provisor* o el *ensor*. Desde la Revolución a la fecha Francia ha procurado siempre abaratar la enseñanza. Uno de los grandes principios revolucionarios era el de que la instrucción—primaria, secundaria o superior—fuese gratuita. Ahora se realiza, en parte.

Y se realiza por dos razones:

La primera y fundamental, el espíritu democrático de Francia. El pueblo no es una masa humana abandonada a su suerte, a sus iniciativas personales, al resultado de la batalla individual. Es el depósito, el *reservoir* de hombres de la nación. Una minoría culta en un pueblo ignaro no puede obtener ninguna fórmula de gobierno que no sea una variante del feudalismo: señores y siervos. La democracia eleva, *aseñora*, aristocratiza al pueblo. Francia le debe su palmaria superioridad sobre otras naciones; Francia—al través de todas sus desgracias y de todos sus defectos—es una democracia triunfante porque la tierra y la instrucción están repartidas, *popularizadas* en su territorio. Ni latifundios ni analfabetismo. O estos dos males en proporciones leves. Francia ha hecho del glebario un terrateniente, y del ignorante un hombre que sabe escribir y leer. Esto explica su vitalidad y su ardor patriótico.

La segunda razón de la reforma es más inmediata y, en cierto modo, técnica. Las escuelas primarias—donde se cursan carreras que no exigen el bachillerato y hacen rápidamente de los alumnos hombres aptos para ganarse la vida—rivalizaban con los liceos y colegios atrayendo cada día mayor número de alumnos. Urgía, pues, detener una competencia a la larga perniciosa para la cultura general del país. Los jóvenes se

Tablero

= 1928 =

En el *Repertorio* haremos el homenaje de justicia a nuestro amado amigo y colaborador don Omar Dengo. Es casi seguro que se haga en la próxima entrega. Hemos solicitado ya muy estimables colaboraciones.

Acabamos de recibir el No. 18 de *Amauta*, Lima.

Contiene este número:

¿Existe una literatura proletaria? Opiniones de André Bretón, Jean Cocteau, Luc Durtain, Leon Werth, Francis André, Emile Vandervelde, Waldo Frank y Miguel de Unamuno.—¿Cuál es la cultura que creará América? Mexicanización y argentinización, por Antenor Orrego.—Defensa del marxismo, por José Carlos Mariátegui.—Huelga general, por Esteban Pavletich.—Tajras, por Gamaliel Churata.—Biografía del niño Julio, por Julio del Prado.—Interpretación geográfica del anhelo portuario de Bolivia, por Rómulo M. Meneses.—El movimiento obrero de 1919, por Ricardo Martínez de La Torre.—Los nuevos indios de América, por Roberto Latorre.—El plan de la reforma educacional en Chile, por Luis E. Galván.—Esquema de una explicación de Chaplin, por José Carlos Mariátegui.—Harrogate, por Xavier Abril.—Relatos aymaras, por Mateo Jaica.—Poemas, por José Varallanos, Armando Bazán, Blanca Luz Brum y Oscar A. Galván.—Panorama móvil.—Libros y Revistas.

Arte Americano: Escuela de la Villa de Guadalupe Hidalgo, Agustín Lazo, José Malanca, Petto Ruti, Renée Magariñas, J. DeVescovi, J. C. Muelle.

108 páginas precio: \$ 0.75.

No olvidarse que somos los agentes de *Amauta* en Costa Rica. Disponemos, pues, de ejemplares.

También hemos recibido los dos últimos números (103 y 104) de *Universidad*, el excelente semanario de Bogotá.

Traen artículos de Sanin Cano, Armando Solano, León de Greiff, Miguel Triana, etc.

También somos los Agentes de *Universidad* en este país. Disponemos de ejemplares para la venta, a 0.50. c/u.

Estamos autorizados para hacerle gran propaganda a este interrogatorio de *Universidad*:

Orientación filosófica latinoamericana

LA REVISTA *Universidad* DE BOGOTÁ suplica a usted le exprese en pocas palabras cuál es el principio filosófico que mayor influencia ejerce en su espíritu.

Esta revista editará un número especial con las opiniones que obtenga, y lo enviará a usted en retribución de su respuesta.

Luis López de Mesa.

Con este fin encarece la publicación de esta noticia en la prensa periódica de América.

Germán Arciniegas.

Dirijanse los escritores que nos lean a German Arciniegas, Ap. 491, Bogotá, Colombia.

España en Yanquilandia

Una fiesta de la hermosa Lengua Castellana! Así llamaría yo el acto significativo verificado anoche en la Universidad de Columbia, y bajo el patrocinio del INSTITUTO DE LAS ESPAÑAS; en ella, el Prof. F. de Onís, con su expresión sentida y elocuente pagó un tributo justo al valor de dos libras: la una, de acordes castellanos, la otra, de acordes selváticos, de la Selva de América. Un homenaje que refuerza el eslabón que une a España, con la hija hispana. Con la hija fecunda en ideales; la hija ciclope que agranda su ojo y abarca el porvenir, ilimitado; la que sueña y sufre porque la conquista del ideal es lenta, y más aún, cruenta... Con la América hispana, orgullo del ayer, esfuerzo del presente, promesa del porvenir.

El homenaje, dedicado a José Eustasio Rivera, colombiano, y a Bartolomé Soler, español, fué algo muy íntimo, de honda significación sentimental, en que el vehículo precioso de la lengua, como arpa celeste, dió expansión al espíritu, al espíritu altivo, noble y gallardo del pueblo de los caballeros. Los manes de Cervantes debieron haber batido de orgullo sus alas sutiles...

A la plática amena, de valiosas sugerencias, del Prof. de Onís, siguió el verbo sonoro del señor Rivera, el gigante «hijo del monte», que ha reunido en un tomo palpitante de vida, toda la maravilla augusta de la selva. De esa selva en que se agita la tragedia, con espasmos que producen espasmo. El autor de *La Vorágine*, ese libro que se prende a nuestra alma como garra de cuervo poeniano. Recuerdo que cuando leía esa epopeya de la selva, me detenía con frecuencia en sus páginas dantescas, y temblando, me sentía débil para proseguir. La realidad descarnada de las páginas de Barbusse, no me emocionó así. Qué extraña mezcla de dolor, de manifestaciones feroces, del esplendor de la Naturaleza, sentidos en esa entraña cálida de la tierra del Cauca, llevaré en el alma este cantor selvático..!

El señor Soler fue para mí una verdadera revelación. Confieso que no lo conocía. Sutilmente sugestivo este trovador de alma gitana, de alma múltiple, de inquietud errabunda. Escritor andariego... que no sabe donde plantará su tienda. Poeta que debe de haber habitado en todas las constelaciones, y ahora se encuentra perdido en la tierra. Por eso tiene su lira esas tonalidades celestes!

Banquete espiritual, sabroso a «la tierra» que está siempre presente en nosotros, por más distantes que de ella estemos, eso fue lo que anoche nos sirvieron, en el ánfora de oro del verbo, esos tres príncipes del bien decir...

Gris

En Nueva York, Octubre de 1918

Los artistas peruanos Julián Pectrovick, José Varallanos y Bonilloff Delvalleski nos manifiestan:

Abecedario Indoamericano

Arte-Ideas

Lima, Perú, Suramérica

Compañero:

Preparamos para aventarlas a fines del presente mes unas hojas de Arte de Vanguardia: *Abecedario Indoamericano*.

Con este motivo solicitamos nos envíe sus poemas o prosas. Tendremos gran ale-

gría de incluirlos en nuestro abecedario, ya desde ahora suyo.

Se acabará de completar nuestro agradecimiento si su envío alcanza al primer número, el que deseamos presentarlo lo mejor posible.

Los abecedarios futuros tenemos pensado dedicarlos a las intelectualidades de cada uno de los países indoamericanos, para estrechar la inquietud novísima de arte e ideas. Y para esto rogamos a Ud. nos ponga en contacto con los nuevos valores de ese lado.

Le adelantamos un apretón de manos.

JULIÁN PECTROVICK JOSÉ VARALLANOS

BONILLOFF DELVALLESKI

Octubre de 1928.

Ya lo saben Solano, Quico Quirós, Amighetti, Max Jiménez, Estrada...; ahí tienen nuevos amigos con quienes conectarse en los nobles entusiasmos por la belleza

Nuestro compatriota León Pacheco nos avisa que a comienzos del año próximo lanzarán, él y otros amigos, una revista: AHORA. Propósito: «Hacer una obra de cultura desde París». ¡Así sea!

En la Agencia de la Prensa (Calle 14, número 60 A), y en Bogotá, hallará Ud. las últimas ediciones del *Rep. Am.*

Ignacio Iglesias ha muerto

Ignacio Iglesias hace un mes murió en Barcelona. Una multitud enorme, sollozante-acompañó el cadáver que iba envuelto con la bandera prohibida hasta la última morada.

Ignacio Iglesias, dramaturgo eminente, autor de obras como *Els Vells*, *El Cor del Poble* y tantas otras, era amigo del Pueblo, del pueblo catalán, trabajador y sufrido bajo el yugo opresor.

Los obreros, a quienes puso en sus obras con todos sus dolores y sus alegrías, han llorado la pérdida irreparable del Maestro y del amigo, y desfilaron confundidos con los aristócratas del dinero y de la inteligencia ante el cadáver y besaban la bandera barrada, representativa de nuestras aspiraciones. Oh muerte que a todos nos unes, ha dicho un poeta nuestro.

En estos tránsitos es cuando el pueblo catalán se muestra tal como es, sin diferencias, todos al unísono. En balde el pseudo-dictador se cansa de repetir—como queriéndose engañar a sí mismo—: El catalanismo ha muerto!. Lo hemos extirpado totalmente!. Iluso!. El catalanismo no ha muerto ni morirá nunca, porque es algo que se lleva muy adentro del alma. Todavía hay catalanes vergonzantes, pero llegará el momento que la voz de la raza nos unirá a todos.

Ignacio Iglesias ha muerto, Cataluña ha llorado su muerte como lloró las de Verdguer, Prat de la Riba y Guimerá. Pero éstas muertes tienen la virtud de hacernos recordar a todos, nuestros deberes de catalanes. Nos recuerdan que aún somos esclavos, que debemos prepararnos para la lucha final que tarde o temprano tendremos que librar para libertar a nuestra patria de la opresión extranjera.

Ignacio Iglesias nos ha dejado, una gran tristeza invade a Cataluña, pero en el interior de todos los catalanes se esconde una ansia inmensa de libertad.

Ese pueblo cantado por Iglesias, ve—y lo decimos con palabras del formidable paladin del catalismo de izquierda, Antonio Rovira y Virgili—alzarse por encima del féretro cerrado del glorioso muerto las llamas resplandecientes de su mortaja.

CARLOS VILELLA - NIQUI

San José, Costa Rica.

Kaaba, (Poesías), por Jorge Sáenz Cordero. Tip. Alsina. San José, Costa Rica. 1928.

De este libro sacaremos una de las próximas páginas líricas del *Rep. Am.* Léase por ahora el bello prólogo a Omar Dengo. Dice así:

Comienza *El Kalevala* por un canto, con atenuado acento de evocación, en el cual exalta el bardo su deseo de cantar.

«*He aquí que un deseo se apodera de mí; un pensamiento nace en mi espíritu.*» De ahí surge el poema, como de un fulgor que apenas es trino de luz surge la aurora. Desea el poeta cantar y canta. El deseo atesora una potencia incontenible, en el concepto de ser absoluto su imperio. Entraña así una determinación constitutiva y por ello característica del alma del poeta. Este, tiene el camino de serle fiel: nada más.

Las reiteradas comparaciones con el pájaro, con el agua, con la luz, o, como en Hafiz, con la rosa, suelen contener el acierto, a veces con pródigo dinamismo espiritual, de explicar la actitud del poeta,—del cual la más espontánea expresión es acaso la que revela el bardo, así como su significación más profunda la que se hace tremorosa en el sobrecogimiento del vate.

¡*Oh amigo!*, este cuerpo es su lira, se lee en Kabir. Y transparentan un sentido semejante aquellos versos de Omar Khayyam que reclaman un poco de vino, de color rubí, un libro de poesía y, para no morir de hambre, la mitad de un pan. ¡Qué blanda arcilla, luminosa y numinosa, es en Khayyam la sed del verso!

Escuelas de estética, sistemas de crítica, tendencias multiformes de la modalidad literaria de cada momento, todo ello alcanza a veces, por sobre la ganga de inertes indagaciones o de polémicas estériles, a posesionarse en totalidad de una trascendente significación que atina, al cabo, a ser signo de sabiduría o símbolo de belleza. Pues hay, tras el esfuerzo de asir el contenido esencial de la obra poética, cierta capacidad de penetrar, por encendido amor de belleza, en el designio mismo del fuego creador. Mas todo aquello, la definición de tendencias y gustos, la determinación de criterios de subjetividad o de objetividad, en vano aspirará a limitar lo que, por inasible en su esencia, es infinito: el poder de creación. El impone, con heráldica ufania, normas de amor y de libertad. Si hay en su naturaleza un don de sacrificio, sólo el amor logra desentrañarlo; sólo un sentimiento de libertad, límpido, azulado de ansiedades redentoras, podría transfundir aquel don en las posibilidades de la poesía, las cuales serían como aprehensiones vitales de una luz divina incesantemente renovada en su perennidad. Nos dá a veces la tarde, en su serenidad o en su placidez, la imagen de infinito espejo de oro fragmentado después en la insinuación y en el elogio estelar de la noche. La primera estrella acendra toda la simiente de luz celeste.

Las técnicas surgirán de la libertad y del amor más ágiles, más plasmables a la evocación del genio, más sensibles a la imprecación de los ritmos, en los cuales sentirán su propia florescencia, así como recoge el gong la hora en su estremecimiento cordial y, al darla, vierte bálsamo de resplandores sobre la armonía.

Domeñándolos sin esclavizarlos, sino redimiéndolos, imponiéndoles tributo de sumisión omnipenetrante al impulso creador, los artificios técnicos abrirán la entraña al soplo de volubilidad vital y serán más aptos para afirmar su permanencia, como la ostenta idealizada el mármol: no en la roca sino en la escultura.

Hoy vivimos un momento de poesía con Swiuburne; mañana lo viviremos con otro poeta, después con otro. Crea el poeta y crea

el lector. Tenga cada cual el supremo derecho de su creación. Atribúyase el poeta aquella dignidad que tenga en su lira el mejor blasón. Ella es arpa eolia que de cada rumbo extrae modulación diferente. Por todas las flores pasan las abejas sin alterar la fidelidad de su menester ni de su ofrenda. Si el poeta no concibe misión, sino el amor de su cantar, ¡cante!

El poeta Sáenz Cordero me conduce a esas reflexiones con la carta generosa en que me ofrece esta página previa. Hay tras ellas la intención de declarar con júbilo que el país tiene en Sáenz Cordero un nuevo poeta. Esto, por mi país, me causa alegría. Más poetas, es decir, más pájaros para embellecer la senda.

No sé de rumbos, no sé de influencias, ni aprecio la posibilidad de los pareceres y definiciones que suscitará ante el capricho, el dogma o el arte de los críticos.

Si el verso es viejo o nuevo, si la imagen es pretexto, o si transmuta destellos de tal

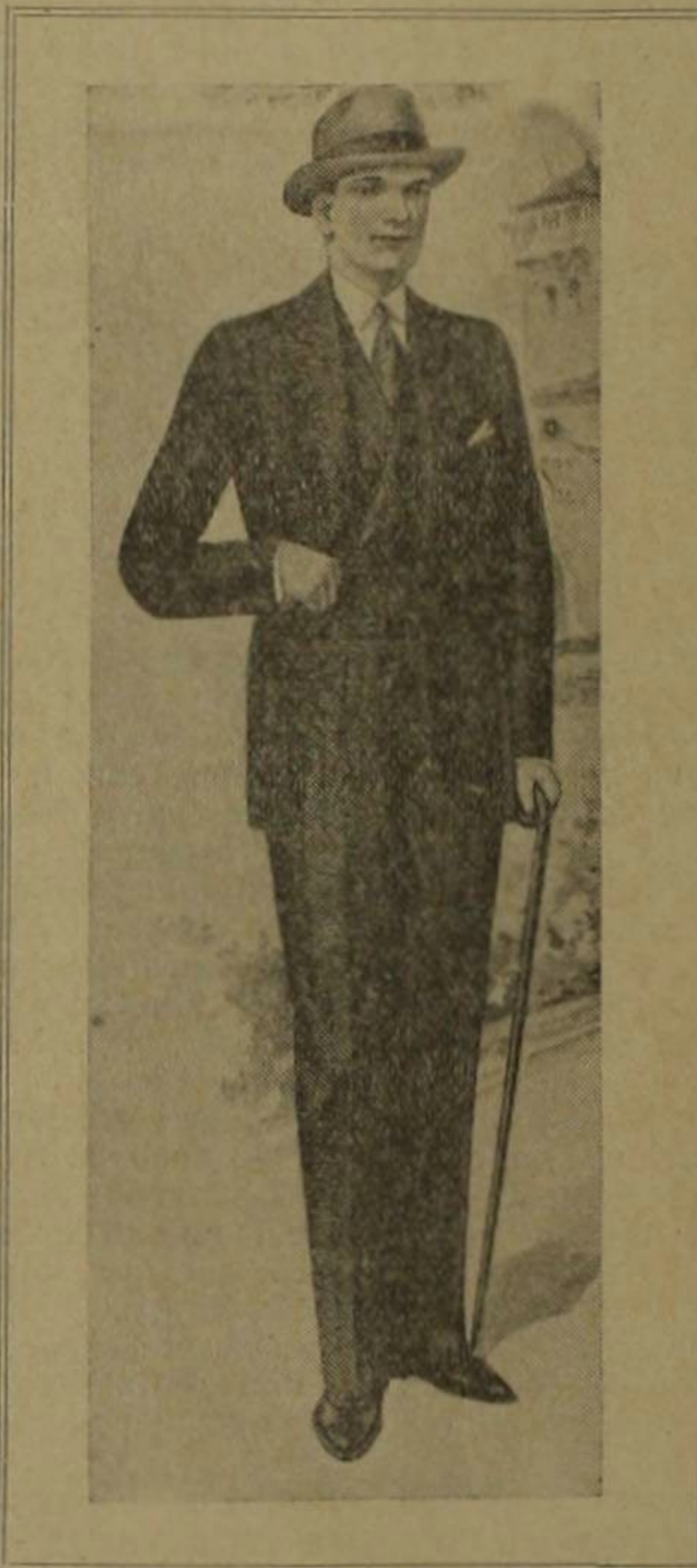
o cual subyacente corporeidad; si la sensibilidad trasunta estos o aquellos rituales de la emoción, o si actualiza, efundiéndose como un vino, la luz que llega al vaso,—nada de eso sé.

Podría querer que su lira acentuara cierta entonación, realizara cierto acento; o podría pedir en otros aspectos un menor desperdigamiento; pero no entiendo de sugerir normas. Sé sentirme sencillamente contento de estar en presencia del poeta. Hay que esperar que el tiempo cuaje las resinas. Porque estos versos desfloran, como veta de cantera, el áureo presentimiento primaveral.

Este poeta y músico posee en su nobleza un don de amistad lleno de gentiles predilecciones. Un capricho de ellas explica la presentación del libro. Deseo que, leyéndolo, leyéndolo en horas, manos amigas recojan de él ofrenda cordial de ensueño y de poesía, y que alguna hoja de mirto quede entre sus páginas señalando un minuto sin fin...

Omar Dengo.

Heredia, 1928.



El traje hace al caballero
y lo caracteriza

y

La Sastrería

La Colombiana

De Francisco A. Gómez Z.

le hace el vestido

en pagos semanales, mensuales
o al contado.

Hay un inmenso surtido de casimires
ingleses. Operarios competentes
para la confección de trajes

Haga una visita y se convencerá

Frente al Pasaje Jiménez
contiguo a la Botica Oriental

San José. C. R. — Teléfono 1283

Los hombres de mejor gusto y más elevada cultura cuidan de su buena apariencia.

LA SASTRERÍA AMERICANA

es la llamada a vestir a toda persona distinguida; porque los trajes que se confeccionan en este taller son garantizados como los mejores del país.

He establecido un *Club de trajes* de insuperable calidad por acciones de **¢ 4.50 c/u.**

Una oportunidad para obtener el vestido mejor hecho.

Busque los casimires de la SASTRERÍA AMERICANA SON los de más fina calidad.

J. PIEDRA & Hno.

Lado Oeste de Foto Hernández

Imprenta y Librería Alsina.—San José de Costa Rica